

VICKI HENDRICKS vive en Hollywood, Florida, y es profesora de escritura en Broward College. Es la autora de cinco novelas, *Miami Purity*, *Iguana Love*, *Voluntary Madness*, *Sky Blues* y *Poesía cruel*, así como del volumen de cuentos *Florida Gothic Stories*. Es amante de los deportes de riesgo y una consumada practicante del paracaidismo en caída libre.

Nunca me pierdo ni un solo libro de Vicki Hendricks. No hay nadie hoy en día que escriba verdadera novela negra erótica y superenergética como las suyas. Piensen en Jack London, James M. Cain y Colette.

—GEORGE PELECANOS, autor de *Revolución en las calles*

Adoro este libro. Es un billete de acceso privado a un mundo secreto de deseo, sexo y la cruda línea que separa ambas cosas. Lo leí con la fiebre del adicto.

—MICHAEL CONNELLY, autor de *El eco negro*

La verdadera heredera de James M. Cain, Vicki Hendricks es la suma sacerdotisa del neo-noir. Un talento fiero y temerario.

—DENNIS LEHANE, autor de *Mystic River*

Poesía cruel se abre con una escena de sexo tan tórrida como el sol abrasador de Florida y engancha con más fuerza que la pitón de su protagonista. Prepárense para otra montaña rusa de obsesión sexual y perversión de manos de Vicki Hendricks, la reina del noir americano.

—LAUREN HENDERSON, autora de *Pretty Boy*

Vicki Hendricks es sin duda uno de los autores más importantes que ha dado la novela negra en los últimos veinte años.

—JASON STARR, autor de *La jauría*

Nadie escribe mejor que Hendricks sobre basura blanca echada a perder. Conseguiré que le suba la temperatura al margen del clima. Garantizado.

—MAXIM JAKUBOWSKI, *The Guardian*

Chandler, Hammett y Cain podrían escandalizarse ante sus ocurrencias, pero Hendricks es su primer y verdadero equivalente en femenino.

—*Independent on Sunday*

Atterradoramente cercana a la perfección

—ALLAN GUTHRIE

Poesía cruel

VICKI HENDRICKS

POESÍA
CRUEL

ES POP EDICIONES

TÍTULO ORIGINAL:

Cruel Poetry
Serpent's Tail
Londres, 2007

1ª EDICIÓN: OCTUBRE 2012

Publicado por
ES POP EDICIONES
Mira el río alta, 8 - 28005 Madrid
www.espop.es

© 2007 by Vicki Hendricks
© 2012 de la traducción: Óscar Palmer Yáñez
© 2012 de esta edición: Es Pop Ediciones

CORRECCIÓN DE PRUEBAS:

Manuela Carmona

DISEÑO Y MAQUETA:

El Pulpo Design

LOGO:

Gabi Beltrán

IMPRESIÓN:

Huertas

Impreso en España
ISBN: 978-84-936864-x-x
Depósito legal: M-4739-2012

AGRADECIMIENTOS

Teniendo en cuenta que he tardado cinco años en terminar esta novela, espero no haber olvidado ninguna de las ayudas que he recibido a lo largo del camino. Empezando por el final, gracias a mi agente David Hale Smith, mi redactor John Williams y mi editor Pete Ayrton, por todo lo que han hecho para traerme hasta aquí. Muchas gracias a Michael Connelly por su apoyo y sus recomendaciones, a mis lectores: Betty Owen, Brian Sullivan y Mary Anne Costello, y también a Elisa Albo por revisar las expresiones en español, y a David Beaty por haber conocido la frase «pasa gato». Por su continuo refuerzo del ego y sus comentarios a las primeras partes del borrador, muchas gracias a los Perros del Crimen: Anthony Neil Smith, Victor Gischler y Trev Mariano.

Gracias a Lisa Carroll por la inspiración para los rasgos físicos de Renata. Mi gratitud a la dramaturga Janyce Lapore por inspiradoras conversaciones, correos electrónicos acerca de personajes y escenas, y por el título. ¡Tu loca energía me hizo seguir!

Mi más alta estima para Harry Crews por su genio literario y mi gratitud por haberme permitido usar la frase «que encuentres un coño a tu medida», extraída de *The Gypsy's Curse*.

Para Brian

«Como todo en el mundo no es sino engaño,
la única sinceridad es la muerte».

—Yamamoto Tsunemoto,
de *Hagakure: El libro del Samurai*

CAPÍTULO 1

1 DE SEPTIEMBRE, 10:00 AM, MIAMI BEACH, 30 °C, MAREJADILLA
HOTEL LUNAS TROPICALES, HABITACIÓN 2-B
RENATA

El sol penetra por la ventana cubierta de salitre situada sobre la cama de Renata, deslizándose por encima de la pintura desconchada del alféizar hasta llegar a una mancha sobre la colcha morada de topos, arrugada en torno a sus pies. Algunas motas arrojan destellos plateados desde las uñas pintadas de azul celeste entre los pliegues oscuros, y las paredes reflejan una luz ambarina filtrada a través del toldo de lona que cubre todo el corredor situado a lo largo de la fachada oriental de este barato hotel de South Beach.

A su lado, un movimiento. Francisco, su socio y amante, que ha pasado la noche con ella. Una sonrisa crece en su rostro mientras rueda para pegarse a su cuerpo, enterrando la nariz en su cuello, resollando hasta hacerle cosquillas. Renata gira la cabeza para recibir su boca y permite que la bese. Sus labios son músculos bien torneados, como el resto de su cuerpo. El sabor a cigarrillos y a la cerveza de anoche la enciende como un interruptor, son el acompañamiento habitual de su polla dura.

Francisco se coloca entre sus caderas, bajando la cabeza hasta el cuello, y sus labios siguen un lento recorrido marcado por los mordiscos, partiendo del hombro de Renata y hasta llegar a su boca. Ella alarga la mano para cogerle la polla y la guía hasta su interior. Todas las sensaciones del resto de su cuerpo enmudecen mientras lo agarra y tira de él. El oído se amortigua. Su campo de visión, borroso y estrecho, se clava en el rostro de Francisco, resplandeciente a escasos centímetros sobre ella, las pestañas negras y pobladas de Renata rozan sus mejillas, un hilillo de sudor recorre los contornos de su mentón mientras la llena, poco a poco, henchido y duro.

Ella le roza la húmeda piel color caramelo de la garganta con las uñas, las pasea entre sus rizos negros y sueltos, por encima de unos hombros trabajados hasta haber adquirido una suave dureza, seda sobre acero, como su polla. Francisco es irresistible, un festín para la vista, pura energía que nunca se agota. Un trueno resuena en el interior de la cabeza de Renata, nubes de placer que chocan entre sí, a medida que un orgasmo va formándose en las profundidades de su abdomen. Su clítoris se entumece con la tensión y el subidón la sumerge en un delirio, propagando su mente sobre el universo en una prolongada onda, como una mancha de aceite siendo arrastrada hacia el horizonte por el mar. El lugar lejano hasta el que la transporta el acto de follar es tan bueno como una droga.

Su mente se reintegra. Francisco sigue moviéndose en su interior. Por ningún motivo en particular, Renata se acuerda de Richard, Profesor Dick, el poeta, y de lo que le dijo la última vez que follaron: que sus ojos eran del verde opaco del mar en un día de tormenta. Renata le dijo que aquello era poesía, pero él se estaba refiriendo a su incapacidad para adivinar lo que estaba pensando, a que es malo no revelar los sentimientos. Pero Renata carece de ellos, ni amor ni dolor. Richard es un cliente de pago, y ella quiere satisfacerle, pero no existe persona capaz de

arrebatarla. Ya no. Renata está llena de energía y libre de todo compromiso. Sus sentimientos más profundos los tiene por debajo del ombligo. La vida es segura cuando nada importa.

Otro orgasmo se apodera de ella y Renata deja escapar un largo gemido, agarrándose a Francisco. El sonido de su propia voz le provoca otra oleada, clava sus caderas contra él y se corre una y otra vez, cálida y mojada. Obtener placer es fácil cuando se tiene práctica... Si usar los músculos de la cara para formar una sonrisa hace que te sientas feliz, ¿es posible que follar sea un modo de engañarte para creer que estás enamorada?

Francisco sale de su interior para echarse a su lado y Renata regresa a este momento y lugar. Se siente a gusto, tumbada de espaldas, desnuda, con las piernas ligeramente separadas y los brazos cruzados tras la nuca. Piensa en sí misma como en un retrato, fulgurante bajo la luz ambarina que entra por la ventana, con su pelo cobrizo y sus pecas, sus pómulos esculpidos y sus curvas suaves y plenas. Y sin embargo, es consciente de su escasa importancia, un mero detalle insignificante en el ciclo de la vida. Ser feliz y hacer felices a otros es la clave. Su estilo de vida la obliga a prodigarse en exceso y a cobrar por ello, pero se le da bien.

CAPÍTULO 2

10:20 AM, HOTEL LUNAS TROPICALES, HABITACIÓN 2-A
JULES

Se separa del rincón en la pared desde el que ha estado escuchando a Renata en la habitación contigua, a través del viejo agujero para los tubos de la calefacción. Coge la foto de una playa con la que suele estar cubierto el agujero en su lado del muro y vuelve a colgarla. Estudia la escena playera, consciente de que la imagen que cuelga del lado de Renata es la misma. Con el

transcurso de los años, el humo ha descolorido el cielo y las olas azules hasta que han terminado por parecer auténticas, como la verdadera South Beach que Jules ha acabado por conocer tan bien. Los alegres colores Art Déco, quemados y grises debido a la fuerza del sol, que les arrebató toda la diversión. Cuando se mudó al motel hace un par de meses, le pareció una imagen deprimente. Ahora va con ella.

Jules se limpia el sudor del rostro con una toallita de papel, retirándose el flequillo de la frente y colocándose el pelo castaño y liso tras las orejas, y enciende su portátil. Observa cómo se va poniendo en marcha, pensando aún en Renata y en Francisco. En algún momento dejó de sentirse culpable por escuchar a Renata cuando está con hombres. Recuerda que al principio empezó a hacerlo por la novedad, para encontrar el germen de alguna idea cuando de repente se quedaba en blanco. La atmósfera de la playa no la estaba ayudando tanto como había esperado. Su gran oportunidad para redimirse, para demostrarle a su padre que es una persona interesante, está empezando a perder fuelle. Su visión romántica de cultivar una vida espartana, con todas sus posesiones terrenales reunidas en una única habitación y todo su tiempo dedicado a la escritura, se ha convertido en un sentimiento de privación. Su debilidad por las comodidades de la vida es innegable. Esperaba estar en el hotel un máximo de tres meses, mientras sus padres viajaban por Europa. Pasarse los días perdida en la emoción de redactar un primer borrador le había parecido una perspectiva sumamente satisfactoria, así tendría algo que mostrar cuando regresara a casa, de modo que todo el mundo, sus antiguas compañera de clase, incluso su aventurera hermana, pudieran admirarla. Ahora apenas le quedan esperanzas. Está perdiendo el tiempo, una vez más. Recuerda el rostro iracundo de su padre mientras proclamaba que escribir una novela era una idea ridícula, advirtiéndola de que iba a fracasar, como en todo lo demás.

Tiene que reconocer que su carrera docente ha terminado, tras haber abandonado el instituto a mitad de curso. Tres meses en compañía de adolescentes irrespetuosos e incontrolables habían bastado para provocarle unos ataques que le habían ahorrado tener que continuar. Tampoco tiene el estómago necesario para ser periodista de por libre, y sin embargo escribir es lo que mejor se le da, es algo que puede hacer a solas.

Jules se traga sus temores por un momento y coloca los dedos sobre el teclado. Escribe el maldito libro y sal de aquí. Haz que tu padre se sienta orgulloso de modo que puedas volver a casa y encajar en tu familia de triunfadores. Búscate la vida. «¡Búscate la vida, coño!», grita en voz alta. Es lo que le diría Renata. Lo que de hecho le dijo, varias veces, la última noche que salieron a beber juntas. Jules lo intenta, lo intenta con toda su alma, pero es incapaz de concentrarse. Regresa junto a la pared y vuelve a descolgar el cuadro.

CAPÍTULO 3

10:40 AM, HOTEL LUNAS TROPICALES, HABITACIÓN 2-B
RENATA

Francisco se sienta.

—¿Tienes algo vivo ahí abajo, muchacha? —dice, riendo. Le toca el clítoris con un dedo. Renata abre los ojos y sonríe lentamente. Huele el aroma fuerte y picante de sus fluidos conjuntos. Francisco se estira, señala la pared con un ademán de la cabeza y susurra:

—¿Estará escuchando? ¿La mujer esa?

Renata se encoge de hombros, prolongando la sonrisa. Susurra a su vez:

—¿Jules? Eso espero. Necesita un poco de emoción en su vida.

—Deberíamos cobrarle. Cobramos a otros por mirar, así que a lo mejor, un descuento por escuchar.

—Pásale una factura por debajo de la puerta.

Renata sabe que Jules puede oírles, se pregunta si le gustaría mirar... o participar. Le parece dudoso. La pálida, delgada y tímida Jules, amiga por emplazamiento, al otro lado de la pared, una muchacha asustada y solitaria de treinta y pocos años. En ocasiones Rennie menciona el sexo sólo para ver cómo se le ruboriza el rostro.

No hay motivo alguno para levantarse. Renata vuelve la cabeza y relaja sus músculos uno tras otro, comenzando por los muslos, dejando que la tensión se vaya evaporando como si fuera agua y que en su mente brote un torbellino de rosas y joyas —lujos que nunca ha necesitado—; así es como se enseñó a sí misma a quedarse dormida rápidamente.

La serpiente, Pepe, sale de debajo de la cama y se desliza por encima de su muslo, para apoyar la dura y cuadrada cabeza ligeramente sobre el hombro de Renata. Ella abre los ojos. Pepe se acurruca bajo su axila, estirándose diagonalmente por encima del estómago, en dirección a su entrepierna y su tobillo. Ha venido en busca del calor, del sol que cae sobre su costado, y Renata le permite que se quede. Le tiene cariño a Pepe, sólo es un bebé de apenas un metro veinte de longitud. Acaricia su piel cálida, perlada y relucientemente amarilla, con el mismo dibujo de una falda que tuvo hace tiempo, pero la falda era una copia barata. Se descolorió y acabó tirándola. Pepe es genuino.

Francisco bosteza y pasa los dedos sobre el brazo de Renata.

—Me tengo que ir en un minuto. A ver si cierro un trato con unos *pendejos*. No te olvides de esta noche.

Renata se vuelve hacia él y muestra su sonrisa dulce.

—Tráeme un trozo de tarta de queso. Con chocolate blanco y nueces de macadamia. Para después. Me la comeré encima de tu cuerpo.

Francisco se levanta y prende un pitillo, después enciende la tele, encuentra dibujos animados.

—*Los monos del espacio*. Es buena. ¿Quieres verla?

Renata se encoge de hombros.

Francisco sube el volumen y se pone sus pantalones caqui de algodón y una camiseta negra. Sonríe para Renata. Está en forma y satisfecho.

—¿Para qué quieres chocolate blanco si ya lo tienes negro y bueno?

Renata bosteza y estira las piernas hacia el techo, completamente rectas y separadas. Relucen doradas bajo la luz del sol.

—Variedad.

Francisco abre la nevera y saca la última cerveza.

—Por ti cualquier cosa, *mamita*.

Se agacha para darle un beso, pero Renata le pone una mano en la mejilla para detenerle.

—Cuidado con Pepe.

Francisco retrocede.

—¿Qué haces con él cuando yo no estoy? ¿Eh, guapina? ¿Qué haces con esa puta serpiente?

Renata se vuelve y besa el costado de la cabeza de Pepe, donde estaría su oreja si una pitón tuviera orejas. El reptil no se mueve.

—¿Cuándo te vas a deshacer de él? —pregunta Francisco.

—No hasta que no me quede más remedio —dice Renata, mirándolo y riendo, mostrándole el dedo medio de la mano izquierda, medio dedo medio, cortado a la altura del segundo nudillo. Francisco menea la cabeza y entra en el cuarto de baño. Renata cierra los ojos y acaricia la perfecta cabeza de Pepe. Cuando Francisco vuelve a salir, se siente demasiado adormilada como para moverse, pero huele el cigarrillo y oye sus cuidadosos pasos al cerrar la puerta y alejarse por el pasillo.

Está pensando que debería esconder a Pepe cuando Luiza regrese de Brasil para reclamarlo. Decirle que se escapó por un

agujero en la pared y que había sido visto en Mangos —un bar de la playa— bebiendo cachaza. Luiza se reirá y Rennie se reirá y seguirá repitiendo la misma historia, sin importar cuántas veces Luiza le diga *devuélveme mi serpiente*.

CAPÍTULO 4

11:00 AM, HOTEL LUNAS TROPICALES, HABITACIÓN 2-A
JULES

Piensa en lo que acaba de oír. ¿Puede sacar una escena de ello? Los amoríos de Renata son el centro de la novela: una hermosa joven que dirige a sus hombres como si fueran una orquesta, una sinfonía. Jules ha acabado por conocer a los dos habituales: Francisco, el juguete sexual, y Richard, el poeta tontaina que se cree capaz de hacer que Renata lo ame. Llegará dentro de un par de horas, a menos que tenga una reunión en la universidad o su esposa lo sorprenda presentándose para llevarlo a almorzar. Después hay otros que vienen y van, golpes y gemidos sin identidad en mitad de la noche. Jules ha aprendido a dormir con ellos.

Abre el archivo y revisa lo que escribió el día anterior, el material en bruto convertido en el personaje de Renata.

Me subí al regazo de Richard, descansando mis torneadas nalgas sobre sus firmes piernas de corredor, sirviéndome de la mano para introducir su polla en mi húmeda raja. Le quité la camiseta de marca, ya sudada, y la dejé caer como un trapo sobre el suelo manchado. Empezó a moverse dentro de mí. La mandíbula le temblaba como a un perro jadeante, un perro viejo.

Cerró los ojos mientras me penetraba, se contuvo un momento, después volvió a moverse. Supuse que estaba

intentando alcanzar mi alma con su pene. Pobre Dick. No lo tiene lo suficientemente largo. Lo estrujé con mi coño, una, dos veces, y se corrió, estremecido por un temblor. Las lágrimas corrieron por su rostro.

—Me estás matando, Rennie. Soy hombre muerto.

Yo sonreí y le pasé los brazos por encima de los hombros.

—No tienes que trabajar tan duro, cariño.

Me tomó la mano, la del dedo índice cortado a la altura del nudillo. El tallo sigue siendo hermoso sin la rosa, dice él. Presionó el muñón con sus labios.

—No es eso. Quiero que me ames. Me muero por que me ames.

Finjo no comprenderle.

—Eso acabo de hacer.

—Sabes lo que quiero decir. Quiero que me muestres que me amas de corazón.

—¿Por qué? No importa. De verdad. ¿Qué tendría de diferente para nosotros?

—Podríamos crear nuestro propio mundo.

—Tu mundo —dijo Rennie.

Jules se pregunta si puede usar las palabras reales de Richard, tal como ella las recuerda. ¿Podría demandarla? Como si alguien fuera a leer su libro algún día. ¿Debería eliminar lo de «perro jadeante»?

¿Qué es lo que quiere Rennie de él? No quiere su mundo. Eso está claro desde la primera vez que Jules les oyó hablar, pero Richard no es capaz de verlo, el muy capullo. Renata, ¿qué hace que sea tan fría?

Quizás Jules debería añadir un arma. Francisco podría tener una. O un cuchillo. Vuelve a leerlo todo desde el principio. Sólo hay escenas de sexo con Renata, todas ellas robadas a la realidad. No hay trama alguna y Jules no tiene imaginación para crear una.

Alguien llama a la puerta. Seguro que es Renata. Jules cierra el portátil, contenta de tener una excusa para hacer una pausa, y acude a la puerta. Renata lleva puesta una enorme sonrisa y un diminuto bikini de punto de ganchillo, con las cadenas lo suficientemente separadas como para mostrar el rosa de sus pezones. Los ojos de Jules descienden hacia los vaqueros cortados que no terminan de cubrir del todo el pelo púbico de Renata. Jules alza la mirada.

—A los diecinueve años tenía un bikini como ese. Mi padre nunca me dejaba que me lo pusiera.

—Probablemente sea este mismo. Lo compré en una tienda de segunda mano. Me ajustaba de maravilla. ¡Pequeño! —estira los tirantes, bajando por completo las copas y mostrando sus pechos pecosos y los pezones. Jules parpadea. Renata se reajusta el top de manera que asomen los bordes de las aureolas.

—¿Te apetece dar un paseo por la playa antes de que haga demasiado calor? —pregunta.

Jules la mira a los ojos, el único rincón de su cuerpo que no revela nada.

—Estoy trabajando, no debería.

Renata entra en el cuarto y agarra a Jules de la mano y se la aprieta contra el bikini de punto de ganchillo, burlona, a su manera cálida y sensual.

—Vamos. Ven a pasear conmigo por la playa. No te hagas de rogar, joder. Sabes que al final acabarás viniendo. Tú misma dijiste que es bueno para ti partir la jornada.

Jules se encoge de hombros para mostrar su acuerdo y se vuelve hacia el portátil, lo abre de tal manera que Renata no pueda ver la pantalla y cierra el archivo.

—¿Partir la jornada? Hoy aún no he escrito ni una sola línea.

—Los escritores escriben en bares, en servilletas de cóctel, ¿verdad? Podemos entrar en un bar.

—Sólo son las diez.

—Como quieras. Coño, a mí da igual. Sólo quiero salir de aquí, charlar un rato.

—Espera que busco la cartera.

—No hace falta, yo invito. Además probablemente no haya nada dentro.

—No mucho —dice Jules mirando a Renata, preguntándose dónde podría llevar el dinero vestida con semejante conjunto. Debía haber cortado los bolsillos de los vaqueros para poder dejarlos tan sumamente cortos.

—Vamos, joder —dice Renata—. Las tormentas empezarán pronto.

—Vale. Un paseo corto.

Jules y Renata atajan a través de la siguiente manzana para llegar a la playa y pasean frente a los cafés del paseo marítimo. Todavía sopla algo de brisa, lo suficientemente fresca como para impedir que Jules empiece a sudar. Oyen el sonido afable de los cubiertos entrechocando y de la gente hablando en voz alta con la libertad y la buena onda de la mañana. Al otro lado de la calle, el océano centellea, y Jules experimenta esa sensación vacacional, como siempre, al margen de lo mal que le pueda ir la vida. Todo podría cambiar rápidamente. Si estuviera caminando con un amante y hubiera acabado de escribir el libro, la vida sería perfecta. Observa a los hombres en los cafés del paseo, ve las miradas que le echan la mayoría de ellos a Renata y también algunas mujeres. Incluso en South Beach, la belleza de Renata se hace destacar.

Renata se detiene frente a la puerta de Mangos, con su aspecto exótico y chabacano, ya de buena mañana.

—Me apetece tomar algo. Vamos.

Jules la sigue al interior.

—Para mí sólo un refresco o no seré capaz de escribir.

Paran frente a mesas de hierro forjado vacías y un mural de aves tropicales bebiendo cócteles que ocupa toda una pared. Un

par de individuos están sentados a un extremo de la barra de bambú, probablemente turistas, a juzgar por el estilo de sus polos color pastel, pantalones cortos y sandalias.

Renata se sienta en un taburete en mitad de la barra. Jules se sienta a su izquierda, más cerca de la salida. Puede ver la playa, y los hombres pueden observar a Renata.

Renata se palpa los bolsillos, como si pudiera haber algo en ellos.

—Se me ha olvidado el tabaco. ¡Coño!

Jules mira a su alrededor, pero no hay máquina expendedora.

El camarero se acerca a ellas. Es atractivo, alto y tiene musculatura de gimnasio, el pelo quemado por el sol y un pendiente en la oreja izquierda. Se planta allí y se queda mirando a Rennie. Sigue mirándola sin decir una palabra. Jules nota calor en el rostro, pero Renata sigue fresca como una lechuga. Sonríe.

—Me apetece un poco de *Sex on the Beach*. ¿Y tú, Jules? Otro para mi amiga.

—No. Por favor. Sólo una soda con una rodaja de lima.

El camarero mira a Renata, sin expresión en el rostro.

—¿De verdad que sólo quieres un poco?

—No. Sólo me estaba haciendo la graciosa. Quiero uno bien grande y rico.

—¿Rico también? No hay problema —el camarero se besa las puntas de los dedos y abre la mano hacia Rennie. Sonríe, mostrando unos dientes muy blancos.

—Soy Brent.

—Renata. Esta es Jules.

—Encantado de conoceros a las dos.

Rennie se palmea el pecho izquierdo, después las caderas.

—Mierda, me he dejado el tabaco. ¿Te sobra un cigarrillo, Brent?

—No fumo, pero espera un momento. ¿Qué marca?

—Cualquiera con filtro.

Brent regresa al cabo de un minuto y pone una cajetilla de Cools sin abrir en la mano de Rennie.

—¿Qué te parece?

—Genial. ¿Qué te debo?

—Pásate más tarde.

Renata se encoge de hombros.

—A lo mejor.

Brent alza las cejas.

—Voy a por vuestras bebidas.

Rennie se vuelve hacia Jules.

—Es mono, ¿eh? Muchacha, te estás poniendo colorada.

—Hace calor —Jules mira de reojo para comprobar si los tipos al final de la barra están mirando. Lo están—. No estoy acostumbrada a ligar en bares.

—El mejor lugar para hacerlo.

Jules estudia la corriente de humanidad que fluye por la acera, principalmente gente joven, en monopatín o corriendo, cuerpos musculosos y bronceador, bañadores diminutos o pantalones excesivamente abombados con la entrepierna a la altura de las rodillas, la variedad de un circo. Es como estar de vacaciones, vivir junto a la playa con Rennie arrastrándola de aquí para allá.

Una mujer mayor empieza a pasar frente a la puerta, pero duda, entornando los ojos para escudriñar el interior. Lleva un ancho vestido de lino blanco con mariposas estampadas, el pelo corto y rizado, y el rostro perfectamente maquillado a pesar del calor. En pie e inmóvil parece muy pequeña, agarrada a su bolso de paja, indecisa durante un momento, pero luego sonrío y entra en el bar.

—Está usted preciosa, cielo —dice Renata—. ¿Puedo ayudarla?

Jules se vuelve para ver que Rennie está sosteniendo la mano de la mujer, atraída de algún modo por su magnetismo hasta el lugar en el que el encanto de Renata transforma su timidez en un espíritu resplandeciente.

—Muchas gracias.

La mujer explica que está buscando un restaurante en el que solía comer con su marido, pero no consigue recordar el nombre. Jules se da cuenta de que el esposo ha fallecido. Renata reconoce la descripción del restaurante y le da indicaciones.

—Se come muy bien —dice—. Que le aproveche.

La mujer se marcha, girando el rostro para sonreír cuando sale a la calle.

—¿La conocías? —pregunta Jules.

—No. Le he hecho un gesto para que entrase. Necesitaba un empujoncito. Aún no está acostumbrada a estar sola.

Jules siente admiración ante esa amabilidad tan resuelta y ante la habilidad para ponerla en práctica, una faceta sensible de Renata que nunca habría esperado.

—Has hecho muy bien. Pero ¿cómo lo has adivinado?

Renata se encoge de hombros

—No siempre lo pienso. Sencillamente hago lo que me parece natural.

—Yo no puedo ser tan abierta. No sé cómo.

—A lo mejor te da miedo. No hay ningún motivo para tenerlo. El camarero regresa con dos cócteles idénticos y los deja sobre la barra.

—¡Oh, había pedido un refresco!

Brent parece sorprendido.

—Lo siento, me había parecido que las dos queríais *Sex*.

Renata se echa a reír.

—Lo quiere, lo quiere. Lo que pasa es que aún no lo sabe.

—¡Rennie!

Renata sigue riendo.

—Se lo beberá. O lo haré yo.

El camarero saca un mechero y acerca la llama a la punta del cigarrillo de Renata. Los tipos del final de la barra le están llamando. Obsequia a Renata con una gran sonrisa y se marcha.

Rennie entrechoca su cóctel contra el de Jules. Jules la mira maravillada y coge la copa.

—Menuda lagarta estás hecha.

Renata arruga la pecosa naricilla.

—Es divertido —las delicadas puntas de su pelo flotan en la corriente del ventilador del techo, y su clavícula y hombros son una delicada pintura de luces y sombras. Tiene los ojos brillantes como los de una niña.

Jules bebe un poquito a través de su pajita. Es un combinado potente. Rennie le da un buen trago al suyo.

—Umm. Sabe mezclar. ¿Crees que tendrá la polla grande? Se comporta como si así fuera.

—Ni idea.

Renata da otro gran trago.

—Bueno, Jules, sé que estás escribiendo, pero no entiendo cómo puedes soportar pasarte el día en esa habitación. Es un vertedero, afuera está el paraíso.

—A ti no te importa vivir en las Lunas.

—No, pero yo soy así... Y salgo continuamente.

—Debo soportarlo —dice Jules—. Para eso vine a Florida.

—Necesitas un respiro. Salir, encontrar algo de compañía.

—Tú eres mi compañía, ¿vale? Aquí estamos.

Rennie acerca su cabeza.

—Hablando de lo cual, sabes que tengo mucha compañía. Me oyes a través de la pared, a mi y a mis...

—Yo no...

—No digo que estés ahí sentada con la oreja pegada. Quiero decir, que las paredes son finas de cojones y además hay un agujero.

—A veces te oigo, sí. Lo siento...

—No pasa nada. No me importa.

Jules da un buen trago a su copa. La condensación del cristal corre sobre su mano y se la seca con una servilleta.

—Tienes muchos novios.

—No son novios. Bueno, a lo mejor Francisco y Richard. O sólo Francisco. Es con el que paso más tiempo —le da una calada a su pitillo—. Depende de tu definición de novio.

—¿Aquel al que amas?

—Entonces a ninguno. Por eso hay tantos.

—Francisco se queda a pasar contigo la mayoría de las noches, ¿no?

—Si resulta conveniente. Francisco y yo trabajamos juntos. Tenemos un anuncio intermitente en el *New Times*. Masaje en pareja. ¿Sabes a lo que me refiero? Visitas a domicilio.

Jules da otro largo sorbo.

—Sí. Lo sé —da otro trago—. ¿No te da miedo... lo que pueda pasar? ¿Violencia o... ya sabes, enfermedades?

Renata enciende otro cigarrillo.

—Bueno, no dejo que ninguno de esos payasos me la meta sin condón —inhala profundamente y echa la cabeza hacia atrás para soplar el humo hacia el techo—. Tenemos cuidado. Sobre todo trabajamos con gente que conocemos.

—Francisco y tú... ¿os acostáis con Richard y su esposa?

—No, no, con su esposa no. A Richard lo conocí hace un año, solo, cuando estaba deprimido —termina su copa y la aleja de sí sobre la barra señalando que desea otra—. No siempre son parejas... y a veces simplemente me lo monto con la esposa mientras el marido mira.

—Oh. Ajá —a Jules no le sorprende, pero resulta difícil acostumbrarse al modo relajado que tiene Rennie de dar la información. Entierra la mirada en su copa para ocultar el rubor que, lo sabe, le cubre todo el rostro y el cuello.

El camarero regresa de atender a un grupo numeroso. Los bebedores de primera hora están empezando a llegar. Deja dos cócteles sobre la barra.

—¿Deseáis algo más?

—Quizá más tarde —dice Rennie. Guiña un ojo. Brent le echa una miradita y se marcha de nuevo. Jules mira la copa llena con pánico.

—No puedo beberme otra.

Rennie se ríe.

—¡Oh, por supuesto que puedes! Te sorprendería saber todo lo que puedes hacer.

Jules niega con la cabeza, se acerca la copa.

—Entonces estos... clientes, ¿te pagan?

—Sí. Pero, como te decía, nos limitamos a unos pocos. Francisco tiene otros negocios entre manos. Richard me mantiene en parte... Lo que puede con sus ingresos al margen y lo que yo le permito. Quiere que lo deje por completo, que rompa con Francisco y esté únicamente con él. Es su fantasía. Yo no podría vivir así.

—Está enamorado de ti.

—Algunos hombres sólo quieren tu coño, otros quieren tu alma también. Yo sólo vendo el coño... y es caro —Renata toma su copa y pasa una mano por sus poblados rizos—. ¿Tan evidente resulta? ¿Desde el otro lado de la pared?

—No. Te he visto abajo con él. En el bar de nuestro edificio.

—Bueno, tiene esposa y críos, una bonita casa con piscina, me ha enseñado las fotos. No quiero que lo mande todo a la mierda para estar conmigo. Soy una mala influencia. Nunca he estado enamorada de nadie.

—Todavía no has cumplido los treinta. Ya lo harás.

—¿Eso crees? ¿Cuándo, cuando tenga tu edad? ¿Un par de años más? —se ríe—. ¿Tú lo has estado?

—No estoy segura. No duró —Jules echa un trago, deja la copa sobre la barra y vuelve a cogerla—. ¿Cómo lo conociste? No puedo imaginarme a Richard llamando...

—No. Nunca ha visto el anuncio. Nos conocimos en la playa. Me entraron ganas de jugar con él... por hacer algo. Estaba

sentado en un banco, empapado en sudor después de haber salido a correr... y tan triste. Tan triste. Tenía tristeza por toda la cara. Quise ver si sería capaz de hacerle sentirse bien.

—Supongo que lo conseguiste.

—Oh, sí —aplasta la colilla del cigarrillo contra la suela de su sandalia—. Quizás no fuese tan buena idea.

Jules asiente.

—Yo ni siquiera lo conozco, pero Richard me asusta.

—Jules, te asustas con demasiada facilidad. Te he visto mirar asustada al camarero. Quería hablarte de eso. No es bueno estar asustada todo el tiempo... peor aún es dejar que la gente lo vea.

—Está desesperado.

—Todos estamos desesperados —dice Renata—. Tú estás desesperada.

Jules la señala con su copa.

—Tú no.

—Oh, sí. ¿Por qué crees que siempre me estoy riendo? —Renie se ríe, se acaba la copa y arroja de un papirotazo su colilla hacia el cubo de basura que hay detrás de la barra. Falla—. *Coño*.

—¿Por qué estás desesperada? —le pregunta Jules—. No te comportas como si lo estuvieras.

—Joder. No lo estoy. Acabo de decirlo. Lo único que quiero hacer es meter un palo por el culo del mundo —se relame las comisuras de los labios y se muerde el labio inferior—. En realidad, Jules, sí que estoy desesperada... por encontrar algo de bullicio. Estoy jodidamente desesperada por no aburrirme mortalmente, y quizás hasta me enamoraría si supiera qué coño es el amor.

—No has encontrado a la persona adecuada.

—Chorradas —dice Renata tranquilamente—. Mi tipo está por todas partes. Simplemente no tengo esa necesidad, esos sentimientos. Quizá sea mejor así. ¿Qué sabes tú al respecto?

Jules no puede responder. Menea la cabeza.

—Nunca le había contado eso a nadie —dice Renata—. Haces que me abra, muchacha —pone una mano sobre la de Jules y se la aprieta.

Jules se fija en el medio dedo. Piensa en el dolor que debió de sentir Renata. Algún día tendrá que preguntarle al respecto.

Renata le hace un gesto a Brent indicándole que traiga la cuenta. Se levanta.

—Voy a hacer pis. Enseguida vuelvo.

Brent se acerca y deja el ticket delante de Jules.

—Oh... Rennie lo pagará. Enseguida vuelve —mientras pronuncia las palabras, espera que sean ciertas. ¿Seguramente a Renata no se le ocurriría marcharse por la puerta trasera? Jules experimenta un pánico creciente. Renata es capaz de cualquier cosa. Mira a Brent, que está lavando vasos al otro lado de la barra—. Enseguida vuelve.

El camarero parece completamente despreocupado. Julie acaba su copa. A lo mejor a él no le importaría cubrir la deuda. No es culpa suya si ella no puede pagar. Joder, ni siquiera quería un maldito cóctel. Ahora está borracha antes de la hora de comer. Mira hacia la parte trasera del local. Ni rastro de Rennie. Se da cuenta de que nota el rostro un poco desacoplado, como si fuera una careta, y sabe que tendrá que tener cuidado cuando se levante e intente caminar.

Los tipos del fondo se están poniendo ruidosos. Jules se vuelve hacia ellos. Están en pie, apelotonados en un corrillo, riendo. Jules se siente incómoda. Vamos, Rennie. Saca un cubito de hielo de su copa vacía y lo chupa.

—Vamos —Rennie está de pie junto a ella, señalando con su medio dedo hacia la playa. Después se dirige a Brent—. Esos tíos de ahí atrás pagarán nuestra cuenta.

Brent asiente.

—Pásate luego. Cualquier tarde. Salgo a las cinco. Te llevaré a algún sitio majo.

Jules sigue a Renata ciegamente, igual que la ha seguido a la entrada. Ahora, en vez de preocuparse de dónde saldrá el dinero, se está preguntando de dónde habrá salido.

—¿Esos tipos han pagado nuestras consumiciones?

—Sí.

—Ni siquiera hemos hablado con ellos —Jules mira a Rennie. Ninguna pista. Rennie se echa a reír.

—Les he enseñado las tetas. No es para tanto. Es más rápido así. No hace falta hablar. Siempre hay algún *lameculos* dispuesto a pagar.

—No lo entiendo. Podrían salir a la calle y ver todas las que quieran.

—¡No tan bonitas! —sonríe Renata—. Las cosas tienen más valor cuando has de pagar.

CAPÍTULO 5

MEDIODÍA, UNIV. ATLANTIC SHORES, CORAL GABLES, FLORIDA
RICHARD

El sol cae en ángulo a través de la ventana en una franja caliente sobre la nuca de Richard. A pesar del frío aire acondicionado del despacho, está empezando a acalorarse. Acerca aún más la silla al escritorio para examinar por encima el último ensayo. Lo había dejado a propósito al fondo de la pila, por si acaso se moriría, en cuyo caso se habría ahorrado tener que ponerle nota. Es de su peor estudiante —tendrá que ponerle un MD, sin duda—, el cual lo arrojará directamente a la basura sin leer sus comentarios. Richard se ha rendido por completo con los alumnos de primero de optativa. No puede ayudarles. Salen exactamente igual que entraron, con pocas excepciones. Probablemente podría asignarles una nota de curso tras el primer ensayo, ahorrándoles

así tiempo a todos. Este chico conduce un Ferrari a los diecinueve años; ¿qué interés puede tener en un puto graduado?

Los estudiantes de poesía son distintos, todo corazón y entrañas, esforzándose por alcanzar la cúspide de sus posibilidades, al margen de las escasas recompensas. Richard no está seguro de qué clases le resultan más dolorosas, pero lleva demasiado tiempo en esto como para estar enseñando a novatos.

Mira su reloj. Ya que Linda no ha llamado, estará libre desde la una hasta las seis y media, que es la hora a la que ella llega a casa del trabajo y de recoger a los gemelos. Llama a Renata y le deja el mensaje que ella espera por ser viernes: se presentará allí a eso de la una y media, dependiendo del tráfico.

Encuentra una plaza de aparcamiento con facilidad y recorre la manzana pasando frente a otros hoteles baratos y edificios de apartamentos. South Beach, el enigma, una mezcla de exótica decadencia e impudicia barata. Renata cae en algún lugar al margen de todo ello, en su propia categoría. Allá donde caiga, a Richard le gustaría cogerla. No hay otra como Rennie: bella, brillante, inocente, cínica. Es un pájaro libre. Tras haberse distanciado de las desafortunadas circunstancias de su cuna, se abre un camino propio. Si únicamente fuese un poco menos independiente.

Richard se pregunta una y otra vez qué está haciendo con una prostituta cuando tiene una esposa interesante y voluptuosa en casa. A pesar de que la afición de Linda por la bebida ha acabado siendo un tanto excesiva, todavía sigue sorprendiéndole a pesar de todos los años que llevan juntos, habiendo llegado recientemente a lo más alto de su empresa al tiempo que se encarga perfectamente de llevar la casa sin apenas ninguna ayuda por su parte. Tras todos sus años en común, todavía lo mimaba como a un artista, asegurándose de que tiene tiempo libre para su poesía... a pesar de que han pasado meses desde la última vez que fue capaz de escribir un verso.

Conoce a Linda tan bien que podría localizarla en una rueda de identificación sólo por los dedos de los pies —o por el olor de su mierda—, pero la familiaridad no es un problema. Es débil a su lado, y cada vez que la engaña se siente más débil y más culpable, por todo lo que ha hecho y por lo que no. Encuentra un pequeño alivio en el convencimiento de que a ella le iría perfectamente sin él. Sin la carga de sus rachas depresivas, sería más feliz y probablemente bebería menos.

Sin importar lo ridículo y desatinado, algo lo atrae de vuelta hasta este lugar mezquino y prohibido. Algo más allá del atractivo natural de Renata, algo en el interior del propio Richard que no es capaz de describir. ¿Cómo puede ocurrírsele plantearse siquiera la fantasía de dejar su trabajo y su familia para fugarse con Renata? Lo que necesita es un psiquiatra, pero prefiere con mucho a Rennie.

Richard abre la puerta del vestíbulo escasamente refrescado y se seca unas gotas de sudor de la frente. Arriba, en la habitación de Rennie, hace más calor aún, pero a ella le gusta así, húmedo y cálido. Raras veces la ha visto sudar, excepto por el hilillo que le corre por la espalda cuando tiene un orgasmo.

Richard pasa junto a los dos clientes del bar, una rubia teñida que balancea una delgada sandalia sobre el dedo gordo del pie, a la vez que se sostiene la cabeza con el brazo que tiene apoyado sobre la barra; una prostituta a la que ha visto allí a menudo. Está hablando y haciéndole mohines a un joven de ojos turbios que fuma y le mira las tetas. Richard asciende las escaleras. Oye el sonido de unas teclas de ordenador al pasar frente a la primera puerta, abierta unos centímetros para que corra algo de aire desde el pasillo. Es la amiga de Renata, la tal Jules, intentando ser escritora. Richard no puede imaginar que una mujer viviendo en las Lunas pueda llegar a escribir nada, pero ¿quién sabe? A lo mejor es una Charles Bukowski. Qué idea tan pavorosa. Espera que nunca le pida que le eche un vistazo a su trabajo.

Llama a la puerta de Renata y siente una oleada de calor que le recorre el cuerpo. Ya está excitado, pero en cierto modo teme que no vaya a estar. Nunca puede estar seguro de nada con ella. La puerta se abre lentamente. Renata aparece en una franja, tocando con su suave mejilla sonrosada la madera pintada de verde oscuro. Sonríe a medias, lentamente, después más. Le pesan los párpados.

—Hey. ¿Quieres entrar?

Richard nota que sus palabras lo atraviesan y sus piernas se debilitan. Se pregunta cuántos hombres alcanzan el punto en el que escogerían la muerte antes que renunciar a una mujer. Él nunca había conocido este extremo con anterioridad. La puerta se abre lo justo como para dejarle pasar de lado y Richard agarra a Renata desde atrás y le rodea el cuello con los brazos y se llena las manos con su pelo. Ya ha tenido suficientes momentos como para durarle una vida, sin lamentaciones, sin importar lo que pueda pasar. El resto de su vida es inexistente.

—Mmm, cariño —dice ella. Posa sus frescos labios, que saben a alcohol, sobre los de Richard, y la cálida lengua en el interior de su boca. Richard se siente arrastrado hacia la cama como en un sueño, atraído hacia la piel desnuda de Renata. Sus piernas son de goma, pero no las necesita. Está flotando, drogado, sólo sus labios y manos trabajan mientras ella se sienta en su regazo. Las cortinas están echadas y está oscuro. Piensa en el ático de su infancia en el Nueva York rural, al norte del estado. Era donde se masturbaba al llegar del colegio mientras se suponía que debería estar haciendo los deberes.

Renata lo obliga a recostarse sobre la cama y Richard estira los brazos por encima de la cabeza, en sumisión. Sus zapatos caen al suelo, su cinturón se abre, sus pantalones se deslizan hacia abajo. Richard cierra los ojos mientras Renata se introduce la polla tiesa en su cálida boca, pasando la lengua por la raíz, tirando del glande con los labios, chupando, relamiendo. La

suelta y después vuelve a engancharla con el ardiente y húmedo revestimiento de su coño, deslizándose de arriba abajo, sin dejar de agarrar ni cuando sube hasta el punto más alto antes de volver a dejarse caer por completo. La polla de Richard toca fondo con cada empujón, lo más hondo que ha estado jamás en el interior de una mujer.

Adivina por los ojos ausentes de Renata y sus profundos gemidos que se está corriendo y corriendo, de modo que aguanta mientras ella tiembla y se agarra a él, y sus jugos la vuelven más escurridiza a cada empujón. Finalmente, se detiene por completo, perdida en sí misma. Richard sigue moviéndose, pero ahora ya no puede correrse. Algo en su interior quiere conservar, saborear, y no es capaz de dejarse ir.

Richard deja de bombear y Renata se deja caer. Con congoja, él la abraza contra su pecho, poniéndole una mano sobre la cabeza, fingiendo que nunca tendrá que dejarla marchar. Pero sus ojos vagan hacia la cómoda, hacia la pequeña caja de madera en la que depositará dos billetes de cincuenta dólares, un recuerdo de sus límites. Richard cierra los ojos con fuerza.

Pasa un minuto y Richard siente cómo se va ablandando dentro de ella y finalmente se sale. Renata se aparta de él impulsándose contra el colchón. Se pone en pie y estira su esbelto y firme cuerpo.

Richard recupera la compostura y endereza la cabeza.

—¿Cómo es que te corres tanto... y tan rápido? Incluso para una mujer...

—Lo aprendí de las monjas.

Renata salta a la cama junto a él, plegándose sobre sí misma, riendo desde su estómago. La chispa en sus ojos se intensifica y su boca hace un mohín, su cuerpo vibra de placer. A Richard le maravilla el modo en que es capaz de perderse, burbujeante, ante el más mínimo estímulo.

—¿Monjas? —pregunta.

—En la escuela católica, ¿sabes? —ríe ella—. Es broma. No había lametones en el chichi. Me dijeron que iría al infierno por follar. Por «impura». Supuse que si de todos modos iba a acabar allí, al menos podía disfrutar a tope el viaje. Me enseñé a mí misma a correrme rápido. Más rápido implica más veces.

—Eres asombrosa —Richard puede sentir el resplandor en sus ojos, al pensar en Renata con su primoroso uniforme escolar y sus calcetines hasta la rodilla—. No sabía que hubieras ido a un colegio católico.

—No duré mucho. Mi última pareja de padres adoptivos me matriculó en uno, pero me expulsaron. Las monjas estaban convencidas de que mi mente era el taller del diablo —alza los brazos a sus costados—. No es mi culpa

—¿Una mente ociosa es el taller del diablo?

—Sí. Me hicieron creer que tenía un diminuto taller dentro de la cabeza, como el de Papá Noel, sólo que en vez de estar lleno de elfos estaba lleno de simpáticos tipejos rojos con cuernos y rabo, sentados alrededor de una mesa en miniatura, dándole a la sierra y al martillo. Sólo tenía catorce años —vibra con su risa estomacal—. Nunca fui por el buen camino.

Richard cruza los brazos por detrás de su nuca.

—Cuando yo iba al instituto, me imaginaba a mí mismo como un samurai, con una espada bellamente labrada. Creía que era habilidoso, fuerte e irreducible —se muerde el labio por dentro, ante la dulzura casi insoportable de revelarse ante Renata—. Los samurais eran a menudo poetas, profundamente preocupados con la idea de la muerte como algo más importante que la vida. Su filosofía era perfectamente apropiada para el adolescente que fui. La gente piensa en ellos sólo como fieros guerreros, pero eran los hombres más cultivados e inteligentes del siglo XVI —los ojos de Renata adoptan un matiz vidrioso y Richard piensa que quizás haya conseguido tocar al fin una vena romántica en su alma—. Mis fantasías han pasado —añade—, pero daría mi vida por ti. Soy tu samurai.

Renata se pega a él y se acurruca.

—Oh, cariño —dice pasándole los dedos por el pelo—. ¿Mi samurai? ¿Como en las películas? —los rayos de sol que se cue-
lan por una rendija entre las cortinas encienden llamas cobrizas
en sus pestañas y ella ladea la cabeza para mirarle a los ojos.

—Tu samurai personal, para custodiarte y protegerte. Los
samurais eran los guardaespaldas de los ricos, y daban su vida
para protegerles, de ser necesario. En ocasiones se suicidaban tras
la muerte de sus amos, al haber perdido el motivo de su existencia.

—No sé gran cosa de todo lo sucedido antes de que yo na-
ciera, aparte de por las películas. Después nunca sé si son reales
o no —Renata sonrío—. No necesito que me protejas. Y menos
mal, ya que no soy rica.

Richard se sienta en la cama, coge a Renata de la mano y la
atrae hacia sí.

—Oh, sí, claro que eres rica, la más rica... y me necesitas
—ríe por lo bajo—. Te gustaría mi espada larga, mi espada de
verdad —dice acariciando su reluciente chochito—. Pelearía por
ti. ¿No es eso lo que quieren todas las mujeres?

—No. Por supuesto que no. Podrías hacerte daño. ¿Tienes
una espada de verdad? —Renata rodea el muslo de Richard con
las piernas y la humedad de su monte de Venus le refresca la
piel.

—Sí, dos. Son antigüedades, un *daisho*: un juego de dos espa-
das, una larga y una corta, *katana* y *wazikashi*. Las tengo colga-
das de la pared del salón. Las compré hace veinte años, aunque
nunca supe muy bien para qué las necesitaba. Eran para ti. Son
simbólicas... de mi voto por ti.

—No necesitas hacer un voto por mí. No lo merezco. Créeme,
Richard —su hilillo de risa le revela que su falta de autoestima
es una fuente de alivio, como si no tuviera nada que perder.

Richard la acerca más contra su cuerpo y le aplasta el ro-
stro contra su hombro, sintiendo su delicadeza. Quiere decirle lo

preciosa que es y cómo la llevará lejos de allí para darle una vida maravillosa, protegerla, procurarle todo lo mejor...

Ella se separa de él y se inclina para besarle ligeramente.

—Lo siento. Tengo una cita esta tarde —levanta la muñeca con el reloj todavía puesto—. Tienes que marcharte en media hora. ¿Quieres que haga que te corras?

Richard sabe que está hablando de hacerle una mamada, y casi preferiría abrazarla y seguir charlando, pero ella ha terminado de hablar. Richard sabe que no puede correrse dentro de su coño porque su polla no quiere que aquello acabe nunca. Asiente y deja que la cálida idea de un orgasmo se apodere de él. Renata se tumba sobre su pierna, en su posición habitual que le permite restregar el chocho contra su pantorrilla, los pezones sobre su muslo, y meterse su polla en la boca.

CAPÍTULO 6

4:00 PM, HOTEL LUNAS TROPICALES, HABITACIÓN 2-A
JULES

Lleva escuchando demasiado tiempo. Por sus mejillas corren lágrimas. Richard desnuda el corazón en aquella cama baqueteadada, a pesar de la completa falta de empatía por parte de Renata. Acepta a Francisco y a los demás porque no tiene otra elección. Resulta aterrador que sus sentimientos le permitan vivir con tan poco a cambio. Hay algo en Renata que toma el control. Jules lo percibe, sabe lo que significa ser el samurai de Rennie, tener un único, abrumador y primitivo propósito en la vida, un propósito espiritual. Las elecciones pasan a ser sencillas.

Jules vuelve a colgar el paisaje marinero en la pared y se acuesta en la cama que huele a humedad. Por algún motivo, le resulta más sencillo pensar echada de espaldas que sentada

frente al portátil. Debería decirle a Richard que renuncie, antes de que acabe destruyendo a su familia, pero no la escuchará. Siente cómo se va relajando. Simplemente hace demasiado calor para moverse. Está pensando, medio soñando, en Renata, su pelo suave y abundante, los pezones mostrándose inocentemente a través del bikini de ganchillo, y el pelo púbico ligeramente rojizo asomando por debajo de la fina tela vaquera, apenas suficiente como para cubrir el pequeño triángulo. Richard debe sentir un anhelo continuo por tocarla, igual que lo sienten todos y cada uno de los hombres que la ven. Tocarla e introducir sus dedos en ella, sentir su calor y su humedad, siempre dispuesta para ellos. Besar, tocar, lamer... suave, lúbrico, cálido...

Jules se despierta con un ruido procedente de la habitación de Renata. Levanta la cabeza. No son los ruidos habituales. Golpes y gritos sofocados. No está bien. Oye unos ásperos susurros, pero no consigue entender las palabras. El miedo se apodera de ella y se siente instantáneamente alerta.

Se levanta de la cama de un salto y retira el cuadro de la pared. La voz de Rennie suena amortiguada, como un gorjeo, como si estuviera gritando bajo algo pesado... o tuviera algo metido en la boca. ¿Qué puede estar haciéndole Richard? Jules mira el reloj. A estas horas ya se habrá marchado. Se trata de otra persona. ¿Francisco? Jules arroja el cuadro sobre la cama e introduce la cabeza en la pared hasta donde es capaz de llegar. No consigue adivinar lo que está sucediendo. Debería llamar a la policía. Bajar corriendo a recepción. No sabe. Si está sucediendo algo, no hay tiempo que perder. La cama rechina violentamente. No puede arriesgarse.

Mira a su alrededor buscando su spray de pimienta, agarra el bolso, lo deja caer. Rennie podría estar ya muerta y él violando su cadáver. Jules no consigue encontrarlo, el spray de pimienta ha desaparecido. Tiene la llave de Rennie. Las tijeras están sobre

la mesa. Las agarra con fuerza y sale corriendo al pasillo. Gira el pomo de la puerta. La puerta no tiene echada la llave y Jules la abre de par en par.

El hombre está de espaldas a ella, arrodillado sobre Renata en la cama. Culo blanco, testículos oscuros y peludos, muslos anchos. Se vuelve lo suficiente como para que Jules pueda ver sus brazos alrededor del cuello de Rennie apretando algo, una especie de grueso cordel hundido en la garganta. Renata tiene el rostro de un color rubí enfermizo, como de cartulina roja, los ojos desorbitados; sus esbeltas y blancas piernas asoman como palos bajo los gruesos muslos del hombre. Jules se cambia las tijeras de mano y se abalanza sobre él. Sin pausas, sin pensarlo. Las manos del hombre siguen tirando del cordel en el momento en que Jules le clava las tijeras en un costado del cuello. El tipo cae sobre una rodilla y la agarra del brazo, pero Jules hunde aún más las tijeras con la otra mano antes de que él pueda alejarla de un empujón. Jules le da una patada en la rodilla. El hombre cae al suelo y Jules le da una patada en las costillas. Las tijeras se desprenden y la sangre brota como de una fuente, una corriente fuerte, sobrecogedora y palpitante. Jules tiene el brazo empapado. El hombre profiere un ruido animal, un grito gruñido, e intenta ponerse en pie, agarrándose el cuello mientras un río de sangre cae en cascada por su brazo. Jules agarra una botella vacía de la mesa y le golpea con ella en la cabeza. No se rompe, pero el tipo vuelve a desplomarse, esta vez del todo, y Jules aguarda inmóvil, sosteniendo la botella, preparada para golpearle otra vez, viendo la sangre extenderse alrededor de sus pies. Lo único que puede pensar es que hay mucha más sangre que en las películas.

Se da cuenta de que Renata se está acercando a ella desde la cama, jadeando. Renata se quita el cordel de alrededor del cuello y rodea a Jules con un brazo. Las dos contemplan al hombre tirado en un charco cada vez más grande.

—¡Mierda! ¡Mierda! —dice Renata—. ¡La hostia puta!
Los ojos de Jules siguen clavados en el hombre. No se mueve.
—Está muerto —dice. Su estómago da un vuelco y la garganta se le llena de bilis. Nota que Renata se estremece.
—Ya puedes decirlo. Joder, ya puedes decirlo.
Jules se vuelve y presiona el lado limpio de su cara contra la de Renata. Renata le devuelve el abrazo.
—¿Estás bien? —pregunta Jules.
Renata asiente, mirando el cadáver.
—Eres más fuerte de lo que había imaginado.
A Jules le tiembla todo el cuerpo.
—No creo que sea capaz ni de marcar.
—¿Marcar? Coge unas toallas. La sangre podría filtrarse a través del suelo.

Jules entra corriendo al baño y agarra la alfombrilla y las dos toallas del toallero y vuelve a salir. Renata señala el suelo y Jules las deja caer sobre el charco y empieza a mover una de ellas con el pie. Está aturdida.

Renata marca un número en el teléfono, encendiendo un cigarrillo, aspirando con fuerza.

—Sí. Date prisa.
—¿Has dado la dirección?
—¿Eh?
—A la ambulancia. ¿Sabrán encontrarnos?

Renata pone una mano sobre el hombro de Jules y la lleva hasta el otro extremo de la cama.

—Julie, no necesitamos ninguna ambulancia. Está muerto. Si llamamos a una ambulancia, la puta policía llegará aquí antes. Y ciertamente no les queremos para nada.

—Te habría matado. Necesitamos que la policía te vea antes de que hayan desaparecido las marcas del cuello. No quiero tener problemas —Jules mira el cuello de Rennie. Las líneas rojas ya han comenzado a desdibujarse.

—Escucha, cielo, no sé mucho de leyes, pero este tipo es un abogado de los gordos, de modo que probablemente tendrá muchos amigos bien situados a los que les gustaría demostrar que soy una furcia de mierda que se pone cachonda con la privación de oxígeno, convirtiéndote a ti en la asesina a sangre fría de un ciudadano ejemplar y esposo devoto —Renata aprieta los dientes y pone una mueca. Jules resopla.

—¿No? —se queda mirándola. Renata asiente.

—Quizás no tan devoto.

—Jesús. ¡Jesús! ¿Qué voy a hacer? No sabía que hicieras estas cosas.

—No las hago... muy a menudo. Has hecho lo correcto. Por lo que tú sabías bien podía haber estado matándome. Me habrías salvado la vida. Pero estamos en un apuro. No podemos arriesgarnos. No sólo por el delito de prostitución. Buscarán drogas, ¿quién sabe qué más? Se inventarán algún tipo de móvil para ti como asesina, sólo con ver este lugar. No sé, novia lesbiana celosa.

Jules agacha la cabeza y la menea. El cuarto es caluroso y parece estar inclinándose.

—Tenemos que llamar a la policía.

—No, la ley no es tu amiga, Julie, cielo. Créeme. Francisco viene de camino. Él nos ayudará.

Renata retira de un tirón las sábanas de la cama y empieza a secar con ellas. La sangre ha dejado de manar. Jules no puede moverse.

Renata levanta los brazos del hombre para limpiar el suelo por debajo de él, lo pone de lado.

—Joder. Mira que es feo el cabrón cuando te paras a mirarlo, tan blancuzco. Gracias, tía —le dice a Jules—. Si no llegas a matarlo tendría que habérmelo follado otra vez —se echa a reír con una carcajada aguda, histérica, pero contagiosa. Renata agarra a Jules de los hombros y se abrazan, temblando y riendo.

Finalmente, ya sin aliento, paran. Un destello de temor brilla en los ojos de Renata e inunda el pecho de Jules. Renata sonríe.

—De verdad, chica. Has hecho lo correcto —le muestra una sonrisa más amplia, agarrando a Jules de las mejillas con los dedos, intentando que se una a ella. Finalmente, presiona su rostro con fuerza contra el de Jules; las lágrimas sellan su unión. Rennie suelta y Jules se queda lasa, con los brazos colgando.

Renata se acuclilla y vuelve hacia arriba la cara del abogado, mostrando lunares y pelos que destacan vivamente sobre la piel picada y azulada. Rennie siente un escalofrío.

—En serio, preferir a estar muerta que volver a follarme a este gilipollas.

Jules sabe que las dos están perdiendo la cabeza. Pero curiosamente, no es el peor tipo de horror que habr a podido imaginar. Siente algo c ldido en el hecho de estar metida en esta situación junto a Rennie, en cualquier cosa con ella. Renata le rodea el cuello con un brazo.

—No te preocupes. Nos encargaremos de él —bajo las firmes palabras, Jules percibe que Renata est  temblando.

Rennie se endereza y señala la camiseta y pantalones cortos de Jules, empapados en sangre.

—Deber as quitarte esa ropa.

Jules se mira y asiente. Entra en el cuarto de baño para lavarse y se pone el albornoz de Renata. Es muy fino, pero no se atreve a cruzar el pasillo con su ropa ensangrentada. Justo cuando est  saliendo del baño, la puerta del apartamento se abre y Francisco cruza directamente la habitación hasta donde est  el cuerpo.

—* La madre que lo pari !*  Qu  ha pasado?  Me cago en la hostia puta! Sabía que ser a algo así.

Renata est  de pie con la pitón sobre los hombros y la cola enroscada alrededor del brazo. Pepe tiene la cabeza apoyada sobre la de Renata, como si estuviera escuchando, vigilando.

—¿Qué hacemos? —le pregunta Renata a Francisco. Este se cubre las orejas con las palmas.

—A mí qué coño me cuentas. No es mi *puto* problema —se pasa el dorso de la mano por la barbilla—. ¿Cómo se te ocurre follarte a uno tan gordo? Tanta sangre. *Coño*.

—Vamos, Francisco. Tú conoces a gente capaz de encargarse de este tipo de problemas.

—En realidad no... y nadie que lo haga gratis.

—Es un abogado famoso —le dice Jules—. Tenemos que librnarnos del cuerpo.

Francisco echa la cabeza hacia atrás.

—Por el amor de Dios, Renata. No estoy en la mafia. Sólo vendo un poco de hierba. ¿Cómo se te ocurre montártelo con un abogado?

—Parecía simpático y tenía pasta —dice ella—. ¿Qué más quieres? ¿No puedes ayudarnos? Pues vete a tomar por culo. Y no vuelvas.

—Déjame pensar —Francisco se estira el pelo y se lo agarra tras las orejas—. *¡Que encuentres un coño a tu medida!* Es una maldición. ¡Mujeres! —respira hondo—. Está bien. Vamos a meterlo en la bañera para que podáis limpiar la habitación —después se queda mirando a Renata—. Y líbrate de esa puta serpiente.

—Lo he hecho yo —le dice Jules—, yo limpiaré —se agacha sobre el tipo y lo agarra de la mano, pensando que podrá arrastrarlo. Después suelta la mano, entra corriendo al baño y vomita en el retrete. Vuelve a salir y lo intenta de nuevo, esforzándose. El brazo parece alargarse, pero el cuerpo sigue pegado al suelo.

Francisco extiende una mano y la detiene.

—No podrás moverlo. Sólo vas a ensuciar más. Espera un momento que me quite la ropa. Yo lo llevaré.

Francisco se quita la camiseta, la deja sobre el respaldo de la silla y se quita los pantalones, no lleva ropa interior. Jules mira. Nunca ha visto un hombre desnudo de músculos tan bellamente

torneados salvo en las películas, la piel color caramelo, su oscuro pelo púbico tan obscenamente extendido. No puede evitar seguir mirando mientras él pliega limpiamente sus pantalones por las costuras y se da la vuelta para dejarlos en la silla. Jules prefiere mirarle a él que al muerto. Siente un escalofrío ante sus inapropiados pensamientos.

Francisco señala las ropas del tipo, tiradas en el suelo, medio mojadas por el charco de sangre.

—Renata, saca su cartera. Más vale que lleve algo de dinero encima. Voy a necesitar un adelanto para librarnos de él.

Rennie se agacha y deja la serpiente con amabilidad sobre la cama.

—Ve, Pepito —el reptil se cuela bajo las sábanas, como si la hubiera entendido. Renata registra los bolsillos de los pantalones y la camisa, y saca una cartera, llaves, cigarrillos y un encendedor. Lo deja todo sobre el aparador—. Tendremos que hacer algo con todo esto, ¿eh?

Francisco cruza los brazos del tipo por encima de su pecho.

—Quédatelo. Él ya no lo necesita y nosotros sí —se arrodilla y se coloca la mitad del cuerpo sobre las rodillas, dejándolo como si estuviera sentado en el suelo, después gruñe y lo agarra por debajo de las axilas—. Joder, cómo pesa. Cogedle de las piernas, chicas.

Renata y Jules agarran una rodilla y un muslo cada una, y Francisco lo levanta aún más. Los testículos y la picha del tipo cuelgan entre ellas. El pelo de Jules roza la sangre que empapa su cadera y debe contener una arcada. Francisco señala con la barbilla.

—Vamos.

Los tres atraviesan el charco de sangre con cuidado de no escurrirse, dejando un reguero resbaladizo. Doblan las rodillas del tipo para poder dar el giro hacia el baño. Francisco baja el cuerpo y lo deja caer sobre la bañera.

—Vosotras limpiad la sangre. Conozco a un tipo que me debe un favor... no uno tan gordo, pero ya veremos. A lo mejor accede a hacerlo a cambio de un poco de dinero.

—Eso espero —dice Jules. Francisco se vuelve hacia Rennie:

—Me debes una buena, *chiquita*.

—¿Ah, sí? Pues tú aún me debes cantidad, colega. A lo mejor esto casi nos deja en paz.

Francisco niega con la cabeza, como diciendo que no hay esperanza con ella, después se pone al teléfono. Rennie y Jules absorben la sangre con las dos toallas y van escurriéndolas en la pila por turnos. Francisco cuelga dos veces y marca otro número. Menciona los Everglades. Jules deja de escuchar y se concentra en retener los contenidos de su estómago. Francisco cuelga.

—De acuerdo. Acabad y marchaos de aquí esta noche. Yo iré a ver al tipo éste para ultimar los detalles. Rennie, nos vemos para cenar... tenemos esa cita —ella asiente—. ¿Cómo te llamas, Julie? Tú búscate algún sitio en el que pasar la noche. No querrás oír el tipo de ruidos que van a sonar al otro lado de la pared.

Cuchillos y motosierras manchadas de sangre inundan la imaginación de Jules, pero respira hondo y dice que de acuerdo. Recuerda que tiene que ir a trabajar. Arrastra la sábana hasta el baño y tapa con ella el cuerpo, sintiendo náuseas. Rennie y ella limpian lo que queda de sangre. Finalmente, el suelo vuelve a tener el mismo color manchado de siempre. Jules entra en el cuarto de baño, intentando no mirarse en el espejo. Vuelve a tener el pelo y la cara pegajosos de sangre, también los brazos y las piernas. Tiene que limpiarse. Deja el fino albornoz sobre la pila y entra con mucho cuidado en la ducha, entornando los ojos para desenfocar su visión, poniendo una pierna a cada lado del cuerpo. Su estómago da un salto y Jules tiene que salir. Entierra la cabeza en el retrete y deja ir los ácidos que aún le quedan en el estómago. Sigue teniendo arcadas hasta que le duele la garganta. Finalmente las arcadas se detienen. Al menos, todo tiene un final, piensa.

Vuelve a entrar en la bañera, intentando no tocar el cuerpo, pero sintiéndose mejor, sus temblores han desaparecido. Abre el agua caliente y se enjabona agradeciendo el limpio aroma del gel, restregándose los brazos y el rostro con un paño, y aclarándose el pelo hasta que el chorro de agua pierde por completo su tinte rosa. Abre un poquito la puerta y llama a Renata, que le tiende una espesa bata blanca. Es suave y reconfortante.

Cuando vuelve a salir al cuarto, Francisco sigue desnudo, con una mano apoyada en la cadera, mirando por la ventana mientras fuma. Rennie se está secando los brazos junto al fregadero, con el pelo envuelto en una toalla en plan turbante. Saca un cigarrillo y lo enciende con el de él.

—¿Cuánto había en la cartera? —pregunta Francisco.

—Unos 300 dólares —dice Rennie—. Doscientos son míos por el polvo. Muchas tarjetas de crédito.

—No me toques los huevos —dice Francisco, torciendo la boca ante la idea. Apaga su cigarrillo en un cenicero sobre el alféizar y extiende la mano con la palma hacia arriba—. Necesitamos dinero para pagar su billete de avión.

Renata le entrega el dinero y las tarjetas.

—Tómalo entonces. ¡No hay más!

—Con esto no bastará.

—¿Tú no tienes nada? —pregunta Renata.

—Yo tengo algo ahorrado —les dice Jules—. Ahora mismo vuelvo.

Abre la puerta un resquicio y mira bien el pasillo antes de pasar a su piso. Tiene 500 dólares que estaba guardando para una emergencia. Esta es.

Le entrega el dinero a Francisco. Éste lo cuenta.

—Puede que ochocientos basten para cubrir los gastos de esta noche. Ya os diré. No es una de mis especialidades.

El estómago de Jules da un nuevo vuelco.

—No tengo más. Sólo trabajo de camarera a tiempo parcial, apenas gano lo justo para la comida y el alquiler. Cuando acabe mi libro...

—Está bien, Julie. Bastará... por ahora.

CAPÍTULO 7

5:30 PM, SOUTH MIAMI, 31 °C

RICHARD

Como le sobra tiempo, Richard se detiene de camino a casa para golpear un cubo de pelotas. Así tendrá un buen motivo para llegar acalorado y sudoroso. No puede darse una ducha antes de ver a Linda y necesita quemar parte de la energía que le ha quedado tras su encuentro con Renata. El fuego y la frustración se reencienden cada vez que la deja. Se permite fantasear con la vida que podrían tener en común, lo buena que podría llegar a ser, si él estuviera libre para demostrarle lo que de verdad es el amor.

Pobre idiota, vuelve a decirse a sí mismo: una esposa maravillosa, dos gemelos inteligentes y sanos, un trabajo sencillo y prestigioso. Nunca volvería a encontrar empleo en otra universidad si se fugase con Renata. Incluso jubilado, su suegro podría asegurarse de ello; y eso suponiendo que alguien fuese a tener un puesto disponible para un poeta de mediana edad de escasa reputación. Richard recuerda el día que el decano de Humanidades le presentó a su hija, Linda. Era preciosa. Fue durante su primer año como profesor en la Universidad de Atlantic Shores. El amor a primera vista expandió su exuberancia hasta abarcar el mundo entre sus manos. Recuerda la sensación, pero le entristece. Incluso ahora sigue habiendo amor entre ellos, pero erosionado por el transcurso de los años, los picos rebajados al nivel de los valles, al nivel del mar, como todo el estado. Sin escapa-

toria. Se pregunta si Linda podría dejarlo alguna vez, si no fuese una persona tan honorable y dedicada a educar a los niños de la mejor manera posible. Sigue siendo bella y llena de vida, mientras que Richard succiona toda la energía positiva de la relación. ¿Qué haría él sin Linda y sin los chicos? Siente apasionadamente que debe quedarse. Está desesperado por marcharse.

Intenta colocar la pelota sobre el tee, pero le tiembla la mano. ¿De miedo? ¿Deseo? Vuelve a erguirse para recuperar la compostura. Pensamientos opuestos le desgarran el estómago; algo ridículo, ya que no tiene el poder de escoger, y nunca podría. Coloca la pelota en el tee y golpea, mira cómo se estrella contra la red. Podría mudarse a Moosehead, Alaska, y alimentarse de *muktuk* y destilar aguardiente en una yurta, si Renata fuese con él. Pero no lo hará. Lo más probable es que prefiera que Richard se fuese hasta allí solo. Encima, además de todo, está envejeciendo. No falta mucho para que se le empiece a notar. Para cuando Renata esté preparada para sentar cabeza, él tendrá... ¿quién sabe? Ha de hacer algo ahora, para demostrarle el tipo de vida que puede darle.

Golpea la hierba de plástico y la pelota apenas recorre cien metros, rebotando contra la valla de la derecha. Richard aplana el plástico hasta devolverle su forma original. Ella tiene que darse cuenta de lo mucho que podría mejorar su vida. En algún lugar de su alma perdida, debe ambicionar escapar de ese negocio; dejar de arriesgarse a que la asesinen y la desmiembren, y vivir rodeada de gente respetable, disfrutando de las cosas buenas. Necesita dejarla completamente impresionada, pero eso es difícil con su salario. No está seguro de que a una mujer como Renata se la pueda llegar a impresionar del todo.

Vuelve a colocar el tee y golpea una pelota tras otra, sin pausa ni practicar el swing. Hace demasiado calor, y no lo está disfrutando, pero ha pagado un cubo entero, de modo que sigue sacándolas y golpeando. Gancho hacia la izquierda. Después un *slice*. Cuando se terminan las pelotas, Richard se siente aliviado.

Puede tomarse una cerveza rápida o dos en el bar del barrio, al otro extremo de la calle, para ayudar a entumecer sus sentimientos. La culpa está empezando a acosarle. Linda es tan buena compañera, tan cariñosa. Si alguna vez se enterase de lo que siente por Renata, el dolor que le causaría mataría a Richard. Si al menos consiguiera dejar de arriesgarse de una vez.

Abre la puerta pintada de negro y se quita las gafas de sol en el local oscuro y fresco. Las vocingleras obscenidades de los obreros de la construcción le hacen sentir como si estuviera en un lugar en el que no debería estar, y eso le hace sentirse bien. El mugriento bar deportivo es un mundo de hombres, y la energía es tan espesa como el humo de los cigarrillos.

Pide una Bud en botella y alza la mirada para ver qué deporte tienen puesto en el televisor. Es softball femenino. Siente muy poco interés por el partido, pero escruta a las jugadoras, comparándolas con Renata, advirtiendo que todas ellas desmerecen ante su belleza. La bateadora casi tiene su mentón, pero no del todo. ¿Es que no puede olvidarse de ella ni un solo segundo?

Un tipo calvo se acerca y señala el televisor con su botella.

—¿Tiene alguna favorita? —dice indicando a la bateadora—. Es un buen equipo. ¿Alguna vez había visto tanto coñito de primera junto?

Richard se encoge de hombros y le da un trago a su cerveza.

—Hay quien dice que todas las chicas atléticas son tortilleras, pero yo no lo creo —se ríe y toca el brazo de Richard con su botella—. Probaría con cualquiera de esas.

—Nunca he sabido identificarlas.

—Me gustaron las gimnastas de las Olimpiadas de este año. Apuesto a que si uno pudiera pillar a una de esas pequeñas gimnastas cuando lo está celebrando... No me refiero a las más jóvenes... ¿Se acuerda de la rusa aquella? Podría lanzarla al aire y caería limpiamente sobre su polla todas y cada una de las veces —separa los brazos en cruz simulando un espagat.

—Seguro —dice Richard. Levanta su cerveza en un brindis, pero sus pensamientos están atrapados en el recuerdo de Renata y en su incapacidad para correrse, a pesar de todos los embates de ella. Habría sido una buena gimnasta... si alguna vez se tomase alguna cosa en serio. Una muchacha de pueblo, sin educación ni dinero, ni habilidades legales rentables, que no tiene nada... ¿Cómo puede ser que resulte tan difícil ganar su corazón? Richard le ofrece su mundo y lo único que hace ella es reírse.

El tipo se aleja. Richard pide otra cerveza y observa a su alrededor. El bar está atiborrado con todo tipo de hombres de distintos niveles económicos y educativos, de abogados a oficinistas y trabajadores manuales, todos bebiendo a falta de algo mejor que hacer, viendo chochos en la pantalla gigante. A pesar de la culpa, Richard se siente superior con su secreto, la gema escondida de su vida. Echa nuevamente un vistazo. Está en mejor forma física que cualquiera de los demás. La edad todavía no lo ha marcado irremediamente. Sólo durante el último par de años han dejado las mujeres de mirarlo por la calle. Todavía recibe alguna proposición ocasional de alguna que otra desconocida atractiva, así como de alguna de sus jóvenes estudiantes, una tentación peligrosa en la que nunca ha incurrido. Termina su cerveza con un par de tragos y deja la botella en la barra.

Aparca en el camino de entrada y guarda las bicis de los chicos en el garaje, junto al coche de Linda. Probablemente esté cocinando afuera, en la parrilla. Filetes de atún fresco, espera Richard. Pasa frente a las puertas correderas de cristal y la ve en el jardín, encendiendo el gas de la parrilla. Ella no lo ve y él se encamina directamente hacia la ducha. Puede darse una rápida mientras ella raspa la rejilla. Después volverá a ser él mismo, habiendo borrado todo rastro de la tarde, cuando no quede nada que pueda hacerle sentir culpable y mancillar la cena con su familia.

—Hola, cariño —entra en la cocina, donde Linda está sacando del plástico unos gruesos filetes de atún, tan frescos que parecen

un neón rosa. Ella inclina la mejilla hacia él y Richard la besa—. Justo lo que estaba deseando —dice. Linda se echa a reír.

—Es lo que siempre esperas. Grasas de pescado y muchas proteínas.

Richard olfatea.

—¿Huele a boniatos asados?

—No.

—Ya me gustaría.

—Esta noche no. Maíz y ensalada.

Richard asiente y se dirige a su escritorio para revisar el correo. Linda se vuelve para mirarlo.

—¿Te importaría desvainarme el maíz? El agua ya está hirviendo y tengo que sacar el pescado a la parrilla.

Richard pone una mueca y se señala el ojo.

—¿Me importaría? ¿*Wood Eye*¹? —la absurda frase es un viejo chiste que llevan años repitiendo desde que eran unos recién casados y que a Linda todavía le hace reír.

—Vamos, vamos. En marcha.

Richard se acerca a la bolsa de papel llena con mazorcas sobre la barra de la cocina. Sabe que más que otra cosa su esposa es su amiga, y eso dice mucho a favor de su matrimonio... ojalá fuera suficiente. La ve colocar los filetes de atún cuidadosamente en el centro de la parrilla, tratando con respeto los 40 dólares a los que va el kilo. Tras ella, la puerta se abre y Eddie y Bill llegan corriendo desde la casa contigua con un amigo. Saltan haciendo la bomba sobre la piscina y Linda se ríe y se seca la frente, ya que un par de gotas han llegado hasta ella. Richard sonrío. Recuerda lo feliz que se sintió cuando supo que iba a ser padre de dos gemelos.

1. Literalmente «ojo de madera», que fonéticamente se pronuncia de manera similar a la primera persona singular del condicional, *Would I*, lo cual explica el juego de palabras. *N. del T.*

Los chicos inician un juego de pilla-pilla en la piscina, tan inocentes e incapaces de sospechar el aburrimiento que les espera en su vida como adultos. Richard pela las hojas y arranca los hilillos de las mazorcas, procurando dejarlas bien limpias. ¿Y si fuera a abandonarles, a dejar a Linda? ¿Si Renata experimentase un cambio milagroso? Vería a los chicos los fines de semana, por supuesto, quizá incluso el mismo número de horas que de costumbre. ¿Pero vivir sin ellos? No puede reconciliar sus pensamientos. Siente que tiene un nudo en el estómago.

CAPÍTULO 8

7:30 PM, SOUTH BEACH, LUNAS TROPICALES, HABITACIÓN 2-A
JULES

Las alargadas sombras de las palmeras cubren de franjas la playa a medida que el sol se hunde tras el Lunas Tropicales, pintando las nubes de rojo. El temor se apodera de ella, un temor que el alcohol no puede ahogar. Deja su vodka sobre la pila del lavabo y entra en la ducha, lavándose una vez más el pelo, pensando en el cadáver ensangrentado de la habitación contigua, en otro tiempo un hombre, quizás con familia. Necesita salir de allí antes de que lleguen los amigos drogadictos de Francisco, pero su cuerpo apenas es capaz de moverse. La motosierra vuelve a aparecer en su mente. Demasiado ruido. Pero ¿de qué otra manera van a poder sacar el cuerpo del edificio? No lo quiere saber.

Renata ya se ha marchado. Jules ha oído el ruido de la puerta al cerrarse y sus tacones de noche repiquetear sobre las escaleras, de modo que sólo queda el cuerpo al otro lado de la pared. Jules termina de secarse el pelo y se percata de lo pálida que está. Renata le dejaría que cogiese un poco de colorete, pero no se atreve a entrar en su apartamento. Tendrá un aspecto espantoso

en el trabajo, pero será mejor que se ponga en marcha, antes de que comience el horror.

Se obliga a sí misma a salir por la puerta y a descender las escaleras. Se aferra con fuerza a la barandilla, preocupada por ver algo que no debería. Serpentea entre las mesas hasta llegar a la puerta del vestíbulo. Se detiene en seco. Frente a las cristaleras, dos hombres, cada uno cargado con una gran maleta. Tienen un aspecto normal, un poco desarreglado quizás, como muchos de los residentes del hotel. Llevan el pelo demasiado largo para la mayor parte de empleos, pero los dos visten camiseta oscura y vaqueros, una combinación nada llamativa entre los habituales de South Beach. Jules los imagina sin la ropa, chorreando sangre... en el pecho, en el pelo, cortando y serrando, el ruido de las articulaciones al partirse... Se agarra al respaldo de una silla para no irse al suelo y espera, con la cabeza gacha y el pelo cubriéndole el rostro, como si estuviera leyendo una carta de bebidas en la mesa. Las maletas no parecen lo suficientemente grandes como para contener todas las partes del cuerpo y sus hachas y sus sierras. ¿Maletas dentro de las maletas? Vaya usted a saber. Jules se vuelve hacia el extremo vacío de la sala y su estómago sufre convulsiones. Los hombres pasan a menos de un metro de ella, dirigiéndose hacia las escaleras. Jules no será capaz de olvidar sus caras, jamás. Espera que no hayan tenido motivo alguno para mirarla.

CAPÍTULO 9

7:35 PM, SOUTH BEACH, 29 °C

RENATA

Una brisa brumosa sopla desde el océano mientras los tacones de Renata repiquetean sobre la acera y el sol la golpea intermitentemente al pasar frente a las separaciones entre edificios.

Sólo una floridiana de pro sin aire acondicionado podría captar el cambio de temporada, pero ella siente cierta remisión en el calor veraniego. La humedad descenderá dentro de un mes más o menos. Renata se abre paso hasta el interior del News Café, donde ha quedado con Francisco, fijándose en el pastel de uno de los clientes y recordando el trozo de tarta de queso con chocolate blanco y nueces de macadamia que debería haberle llevado. No ha sido culpa suya, ya que ha sido ella quien le ha llamado antes de tiempo, pero igualmente se lo mencionará sólo para hacer la gracia. Menos mal que se ha encargado del cuerpo. ¡Jules, Jules! Los problemas que podría haber causado. Tal y como estaban las cosas, a los tres se les había disparado la adrenalina, pero todo había salido bien. El tipo era un hijoputa feo y desagradable. Renata supone que alguien lo echará de menos —alguna mujer desesperada, quizás—, pero no durante mucho tiempo. Es improbable que le hubiese contado a alguien dónde tenía pensado pasar la tarde. Renata no piensa perder tiempo preocupándose por él. Tiene que conseguir que Jules tampoco lo haga. Pobrecilla.

Francisco le hace una seña desde una mesa oscura situada al fondo del local, puntual. Su rostro brilla tersamente, como la madera encerada que lo rodea; de la comisura de sus labios cuelga un cigarrillo. Sobre la mesa, dos cervezas. Renata se desliza sobre el cojín de cuero rojo para sentarse a su lado y él se quita el cigarrillo para agarrarla de la barbilla y besarla con fuerza en la boca. Renata le mete la mano entre las piernas y le da un pequeño apretón a modo de bienvenida. Él separa la cabeza para sonreír.

—¿Y bien? —pregunta Renata, después le da un largo sorbo a la cerveza.

Ricardo le da una calada a su cigarrillo y exhala.

—Se habrán ocupado de todo antes de que llegemos esta noche a casa. Voy a tener que pedirle más dinero a Julie dentro de un par de semanas. Sólo he podido pagar un pequeño adelanto.

—Jesús, Franco, no creo que Jules pueda conseguir más dinero. De todos modos, ¿esos tíos no vuelan igualmente por ahí para hacer sus entregas? ¿A ellos qué más les da?

—No sé por dónde coño vuelan. Joder. Teníamos que llegar a un acuerdo. Ellos han dicho un precio y en estas cuestiones no hay espacio para el regateo.

—De acuerdo. Da igual. Richard me dará un extra. Tú dime cuánto —Renata saca un cigarrillo y lo enciende con el de Francisco—. Vamos a tomar una copa y después nos ponemos en marcha.

—Por mí bien. No volveré a tener dinero hasta que no cobremos el trabajo de esta noche.

—Oh, ¿no te queda dinero para tarta de queso?

Ricardo pone una mueca, después agarra un rizo del hombro de Rennie y lo retuerce, se saca el cigarrillo de la boca y exhala.

—¿Estás bien para trabajar? Después de todo eso.

—Sí, estoy bien. Si vas a ser estúpida, más te vale ser dura.

—¿Estúpida? No ha sido culpa tuya.

—Debería haber acabado mi cita con el Profesor Dick. El abogado era un perverso. Julie me ha salvado.

—El Profesor Dick. ¿Dónde lo conociste? En tu barrio seguro que no.

—Tengo que hacer algunos trabajos sin ti, ¿sabes?

—Sí, haz que todos se enamoren.

Renata envía una bocanada de humo hacia el techo.

—Son cosas que pasan. No te molestará, ¿verdad?

—No, *mamita*. Es un hecho, una ley científica. Sólo lo decía por decir. No me preocupan las cosas que sé que no puedo cambiar.

El coche está aparcado en una calle secundaria y pasean hasta él, esquivando a los turistas y nativos tempraneros que comienzan sus rondas por los bares y restaurantes. Renata percibe una vaharada de aceite de coco, el olor vacacional que le recuerda

por qué vino aquí. Nunca se ha arrepentido de dejar su pueblo natal. De todos modos allí no había nadie para ella. El viento está cogiendo fuerza y el aire latiguea con rabia contra las olas. Renata señala hacia el océano.

—Luna llena.

—No es la noche más indicada para librarse de nada —dice Francisco.

—No hago más que imaginarme las partes más carnosas flotando entre las cañas y a los cocodrilos arrojándose unos sobre otros para arrancar pedazos. Supongo que flotarán, ¿verdad?

—¿Los trozos de un cuerpo? Supongo. O se hundirán. ¿Cómo voy a saberlo?

Francisco conduce hasta la casa en Coral Gables, y Renata piensa en la rutina que les aguarda, lo suficientemente placentera como para sacarle de la mente todo lo demás, o eso espera. Primero un escocés de malta, con un poco de blues como telón de fondo y las anécdotas del último viaje de la pareja. Después Dahlia sacará a Francisco a la piscina para fumarse un porro, mientras Renata se quita la ropa, le da un masaje a Daniel y después se sienta sobre su regazo para darle de comer sushi y dejarle que escancie vino sobre sus tetas y su coño y lo lama antes de que se derrame sobre la alfombra turca. Follarán y a lo mejor se sentarán un rato en el jacuzzi. Después beberán un poco más y ella jugará con Dahlia mientras Dan mira, hasta que vuelva a sentirse preparado. Francisco se terminará los canapés junto a la piscina. Algo por el estilo. Renata puede soportarlo. Después Francisco le dirá que puede oler el coño de Dahlia por toda su cara. Renata le dirá que es el mejor perfume.

Giran para internarse en su calle, bien iluminada por la luna llena. Cada casa es enorme y única, rodeada de altas palmeras y plantas exóticas.

—Franco, recuerda que no debes bajarte los pantalones con Dahlia, diga ella lo que diga.

—Lo sé. Lo sé. El capullo de Dan me lo recuerda todas y cada una de las veces. Por mí bien. El cliente siempre tiene la razón.

—Pobre Dahlia. Está deseando que te la folles viva. Me sorprende que no te llame cuando Dan no está en la ciudad.

—Tiene su moral —dice Francisco chasqueando la lengua—. Cuido bien de ella.

—Mejor no la cuides demasiado bien.

Aparcan en el camino de entrada. La casa de dos pisos, de estilo español, está bastante separada de la calle. El resplandor neblinoso de la luz del porche resulta visible entre los árboles, una señal de que Dahlia y Daniel están preparados para ellos.

Francisco apaga el contacto. Renata le pone una mano en el muslo.

—¿Y si Daniel te pide que se la mames?

—¿Por qué iba a pedírmelo?

—Lo mencionó la última vez.

—¿Yo? No.

—Eh, son nuestros mejores clientes, y siempre tienen la razón. Francisco inspira profundamente.

—A cambio de 200 dólares más, puede chupármela él a mí. Pero de ahí no paso, y sólo porque ahora mismo lo necesitamos. Cerraré los ojos.

—No lo insultes. A mí nunca me verás ponerles exigencias.

—Pero es que a ti no hay nada que no te guste, tía. No me vengas con esas.

Renata se echa a reír.

—Ya pensaré algo... sólo para que quedemos en paz.

Francisco enciende un cigarrillo y le da una calada.

—No pienso dejar que su polla se acerque a mí. Si me la tiene que chupar, encárgate tú de organizarlo previamente. Y a mí me vendas los ojos —se crispa por un momento—. De ahí no paso.

—Eres muy melindroso para ser un puto, ¿no te parece?

—Protejo tu culo, Rennie.

—No lo necesito —dice ella mirando el ceño fruncido de Francisco. Él aún sostiene las llaves del coche—. Joder, Franco. Seguramente lo habrás hecho ya alguna vez. ¿Qué problema hay?

Él aprieta los labios y niega con la cabeza.

—Soy cubano.

—No me vengas con esas. Naciste en Nueva Jersey. Todo el mundo hace de todo, lo que sea que apetezca en el momento.

—Soy cubano. Mis raíces.

—Eso es lo que quiere Daniel, tu raíz —Renata se ríe de su propio chiste, y se ríe y se ríe—. Sólo era una broma. Daniel nunca ha dicho nada de ninguna mamada—dice dándole una palmadita a Francisco en la mejilla—. Haré que se corra y verás como ni se te acerca.

—Asegúrate de ello. Me he encargado de ese cuerpo por ti.

—Sí, por todos los santos. Deja de recordármelo. ¡Vamos adentro a ganar algo de dinero para pagarlo, *maricón!*

CAPÍTULO 10

14 DE SEPTIEMBRE, 11:00 AM, SOUTH BEACH, 32 °C, MAREJADILLA
JULES

Han pasado dos semanas, pero el incidente aún persiste con toda claridad en su cabeza. Miembros cercenados la hostigan en sueños y no es capaz ni de mirar un filete. Tiene el estómago avinagrado. Le duele la cabeza. Se sienta frente al crudo resplandor del ordenador, obligada por su fuerza de voluntad, pero sin que se le ocurra nada.

¿Por qué está haciendo esto? ¿Qué sentido tiene torturarse a sí misma a diario? Ha tomado una vida, de modo que debe otra. Sería mucho más sencillo suicidarse. Tanta gente ha muerto, de

todo tipo... si ellos pudieron hacerlo, ella también. Un par de segundos de dolor. Nada tan horrible como tener que seguir viviendo una vida en la que todo sale mal. ¿Qué diablos debería hacer si no? Ha intentado una cosa tras otra, poniendo todo su empeño en cada una de ellas, y sólo ha fracasado y fracasado y fracasado. ¡Lo único que ha sabido hacer bien ha sido asesinar a un tipo! Puede que la muerte no sea más que otra gran decepción, pero al menos sería la última.

Piensa en Sylvia Plath, su poetisa favorita, y el horno de gas. Lo entiende, siente la tentación. Desvía la mirada hacia su cocina... no tiene horno, sólo fogones eléctricos. Nunca se había fijado. ¿Y las drogas? Renata debe de tener alguna. Si tomas suficiente de lo que sea, probablemente acabará matándote... pero podrías necesitar grandes cantidades. Ojalá tuviera una de las espadas de Richard. Un rápido tajo en la muñeca. Se levanta, va hasta el aparador y saca un cuchillo de mondar, prueba el filo con el dedo. Desafilado. El dolor la detendrá antes de que pueda causarse un daño irreparable. Ha entregado su alma, ¿por qué su cuerpo no se limita a morirse?

Mira a su alrededor: la mesa y las sillas desparejadas, las cortinas con estampado de flores desgastado, y el juego de cama barato que compró para sustituir al que encontró a su llegada, deshilachado, infestado de gérmenes y quemaduras de chinas. ¿Para qué vino aquí? Si al menos hubiera sido capaz de conservar su trabajo de maestra... A lo mejor los desvanecimientos habrían desaparecido. No habría matado a nadie. Si al menos, si al menos. Esa frase resume toda su vida.

Jules saca una bolsa de plástico del armario y se la pone sobre la cabeza, apretándosela alrededor del cuello. Se arroja sobre el giboso sofá y se golpea la cara contra los cojines, llenándose la boca de plástico, inmovilizándose los brazos con el cuerpo para que sigan agarrando la bolsa. Aguantando la respiración, contando, pataleando para obligarse a no soltar. Boquea. Se quita la bolsa. La arroja al suelo. Es un fracaso como suicida, ¡qué

sorpresa! Vuelve a presionar el rostro contra el desagradable mueble e intenta llorar hasta morir, aplastando la cara con tanta fuerza en la esquina que se corta los labios con los dientes. Jules está agotada. No hay nadie para cuidarla ni detenerla. Ha llorado hasta secar todas las emociones de su cuerpo. Todavía desearía estar muerta. Desea muchas cosas.

Se levanta y se mira en el espejo. Horrible. Hinchada. ¿A quién le importa? Saca la botella de vodka y le da un trago, después llena medio vaso. Será una autodestrucción lenta, pero efectiva. Mientras tanto, se castigará con la escritura. Es lo único que puede hacer una cobarde.

Se lleva el vodka junto al ordenador y lee. Ninguno de los libros que ha leído puede ayudarla. De acuerdo, ¿y qué? Pues escribe basura. De todos modos nadie va a leerla jamás. Jules recuerda una cosa, un consejo de Chejov: si hay una escopeta en la pared, dispárala. Tiene las espadas samurai de Richard en el libro, pero él nunca las utilizaría...

Sus únicas ideas provienen de la vida real. Sabe qué aspecto tiene la sangre, un montón de sangre. Su estómago amenaza con revolverse, pero Jules lo controla. El hotel está hecho para un asesinato, un entorno perfecto, lóbrego y desesperado, más como un decorado de cine que un lugar real. Matar... conoce hasta el último desagradable detalle de cómo hacerlo. Debería escribirlo. Hacer un buen uso de su vida echada a perder.

Jules se levanta para echarse otro chorrillo de vodka. Sólo un chorrillo. Sólo hasta el nivel de la siguiente línea impresa en la botella. Da un sorbo y se sienta nuevamente frente al ordenador. Si escribe la escena sangrienta quizá pueda sacársela de la cabeza. ¿Cómo debió de vivirla Rennie? Jules se pierde en las palabras, sudando, bebiendo, martilleando el teclado.

Los forcejeos de Renata fueron menguando a medida que el aliento iba abandonando su pecho. Apenas sentía la

garganta y veía borroso. Sus brazos cayeron inertes a los costados.

¡Bang! Como un tiro. Alzó los ojos. La puerta se había abierto del todo, golpeando contra la pared. Su visión seguía enturbiada, pero luminosa, con un impulso de energía contra la muerte. Jules apareció como un ángel. Sus ojos ardían con llamas azuladas y rayos de luz naranja silueteaban su alto contorno, cortando en dos la oscuridad al atravesar de un salto la habitación. El abogado, todavía agarrotando el cuello de Renata, jadeó. Ella notó que su polla salía de su interior y vio la reluciente hoja de las tijeras, sólida en su cuello, y después la sangre manando como un agujero en una manguera, en el momento en que Jules las sacó para volver a clavarlas nuevamente. Las manos del abogado cayeron. El puño de Jules entró en su campo de visión, arrancando las tijeras de la herida, volviendo a hundirlas... arrancando... hundiendo. El abogado cayó de la cama al suelo y quedó tirado en el charco de su sangre.

Renata no pudo moverse, pero Jules se sentó frente a ella, y sus dedos aflojaron el cuero del cuello de Renata y tocaron el surco rojo provocado por el lazo. Renata no tenía palabras. Se sintió inundada de amor por Jules, su bella salvadora. La abrazó contra su pecho desnudo. Envuelta en Jules, experimentó la calidez y el alivio que reconoció como sensaciones ausentes en su vida. Ahora deseaba a Jules, siempre, más que a cualquier hombre, como una delicadeza que gozar y saborear y nunca compartir.

Jules relee. Al menos hay algo que vale la pena: el sentimiento. Le gustaría que Rennie se sintiese de esa manera. Continúa:

Renata puso una mano en la nuca de Jules, acariciando su suave pelo y atrayéndola hacia sí. Entreabrió la boca.

La puerta se abre y Renata asoma la cabeza, con la serpiente enroscada alrededor de los hombros. Jules rápidamente guarda y cierra la tapa del portátil. Renata entra.

—¿Tienes un momento?

Jules coge su vaso.

—Claro. Tampoco es que esté quemando el teclado.

Renata atraviesa el cuarto, desnuda. Ajusta la cola de Pepe para no sentarse encima y se sienta en la cama.

—¿Has estado llorando?

—Supongo.

—Bueno, pues para de una vez. Joder —señala la botella de vodka con su medio dedo mediano.

—¿Puedo acompañarte? Medio dedo para mí, por favor.

Jules gira bruscamente la cabeza. No está segura de si es un chiste. Rennie ensancha su sonrisa traviesa.

—Buena frase, ¿eh? Puedes reír si quieres —ella sí ríe—. Sé que me falta medio dedo, Jules, y sé que lo sabes, de modo que no tenemos por qué comportarnos como si fuese algo perfectamente normal.

—No me parece que sea gracioso. ¿Cómo lo perdiste?

—Metiéndolo donde no debía... lo habitual.

Jules espera, pero se da cuenta de que no va a obtener más detalles. No consigue imaginar una manera habitual de perder parte de un dedo.

—¿Qué hay de nuevo?

—Odio tener que decirte esto: Francisco necesita más dinero. Ya sabes, por lo de aquel gilipollas. Le he pedido parte a Richard, pero sigue sin ser suficiente.

—¡Dios! Sólo tengo cincuenta dólares ahorrados, Rennie. Las propinas no son muy buenas en esta época del año y tengo muy pocas horas.

—Podemos ganarlo. Recibir un pago juntas esta noche. Tengo un cliente con el que podrías ayudarme. ¿Te parece?

—¿Acostarme con un desconocido? No puedo. De verdad. Además, tengo que trabajar en el restaurante.

—No es necesario, Jules. Llama y di que estás enferma. Es dinero que necesitamos para salvar nuestras vidas.

Jules niega con la cabeza.

—No se me ocurre...

—Tengo otras amigas que estarían encantadas de compartir el trabajo, es dinero fácil, pero lo necesitamos nosotras, esta noche. No es recomendable tener deudas con esos muchachos. Además, lo harás estupendamente. El cliente me ha pedido una chica refinada...

—Estaría demasiado avergonzada. No sabría ni cómo empezar.

—Puedes encargarte de la esposa. Sólo bésala, como darías un beso habitualmente. Después hazle algunas cosas que te guste que te hagan a ti. Nada de *fisting* ni nada que duela. Probablemente ella misma te indicará lo que le apetece. Ni siquiera es sexo de verdad, nada de pollas. A lo mejor algo de plástico.

—¿*Fisting*? No me expliques en qué consiste —Jules se termina su vodka de un trago—. ¿Yo con una mujer? No soy lesbiana.

—Nunca he pensado que lo fueras. Pero eso no tiene nada que ver. Mira, a mí me da igual a quién elijas. Sólo estaba intentando ponértelo más fácil. Puedes quedarte al que quieras... a menos que quieran escoger ellos.

—Los dos te querrán a ti —Jules piensa en el cuerpo de Renata en comparación con el suyo, su estómago abolsado y sus pechos diminutos. Siente un escalofrío.

—Quieren a dos. ¿Te apuntas o tienes alguna otra manera de conseguir quinientos dólares esta noche? Preferiría no acabar siendo cebo.

—¿Cebo?

Renata se levanta de la cama y se enrosca a Pepe con más fuerza alrededor del cuerpo. Agarra a Jules de los hombros y le habla cara a cara.

—Vendrán a por nosotras, lo sabes. Seremos el próximo banquete de los cocodrilos. Francisco también. No estoy bromeando.

Jules aleja en la medida de lo posible la cara de Pepe.

—¿Simplemente nos matarían por un par de cientos de dólares?

—Simplemente no. Antes nos darían una paliza. A lo mejor nos enviarían al hospital. Para rematarnos la semana que viene, diría yo. No sé qué rollo llevan, pero todo forma parte de una gran operación. No sólo drogas. No se andan con chiquitas.

—¡Rennie, no soy prostituta!

—Eso no es más que una palabra legal. El dinero es para demostrar un poco de aprecio. Escucha, odio tener que decírtelo, pero nos van a violar analmente a los tres si no conseguimos el dinero. Nos van a dar pero bien por culo —dice mostrándole la mano a la que le falta medio dedo—. A lo mejor incluso nos torturan sólo por diversión. ¿Y a ti te preocupa un polvo de nada con lubricante?

Jules abre la boca y se la tapa con la mano.

—Lo siento, cielo. Voy a darme una ducha. No tiene sentido seguir hablándolo. Ninguna de las dos tiene opción de elegir profesión esta noche —dice Renata frunciendo el ceño—. Y nada de seguir llorando e hinchándose la cara. Francisco nos recogerá dentro de media hora más o menos.

Renata atraviesa el cuarto, arrastrando la cabeza y la cola de Pepe como un velo nupcial, abre la puerta y desaparece. Jules piensa lo fuerte que debe de ser para cargar con la pesada serpiente, lo fuerte que debe de ser para vivir esta vida.

Jules nota que se le debilitan las piernas. Se sienta en la cama, se deja caer de costado y levanta la sábana, acurrucándose como cuando era niña, cuando papi solucionaba todos sus problemas. Entonces nunca tenía de qué preocuparse. Ahora sólo necesita morir.

Se obliga a levantarse de un salto. No puede quedarse allí tirada, sin hacer nada, hasta que no le quede más remedio. Si no se

escabulle antes de que llegue Francisco, tendrá que ir con ellos, acostarse con un desconocido o una desconocida —o ambos—. Jesucristo. Podría ser alguien peor que el abogado.

Se odia a sí misma por la idea que le viene a la cabeza, pero el temor la obliga a vestirse apresuradamente. Tiene una posibilidad de obtener el dinero, aunque va en contra de todos sus principios. Sus viejos principios.

Encamina sus pasos hacia el café y se dirige hacia la entrada trasera. La puerta siempre está abierta, para que el personal pueda salir a echar un pitillo rápido, con medio cuerpo dentro y medio fuera de modo que puedan oír si les llaman cuando la comida esté lista. No ve a nadie, ni colillas encendidas en el cenicero, pero sólo es cuestión de tiempo. Podrían sorprenderla fácilmente.

Jules escucha. No oye ningún sonido proveniente del despacho de Patty, a la izquierda. Puede oír el chisporroteo y el entrechocar de sartenes en la cocina y los ruidos habituales en el comedor, la voz de Patty dándole las gracias a un cliente mientras teclea en la registradora. ¿Puede Jules robarle a alguien que siempre ha sido amable con ella? Pero también Renata lo ha sido. Jules imagina el hermoso cuerpo de Rennie, desnudo, amoratado y sangrante... su rostro flotando entre las algas... los rizos rubios y los ojos muertos. Todo por culpa de Jules. Y ella sería la siguiente.

Jules se acerca con rapidez a la puerta del despacho y mira por el ventanuco. El bolso de Patty está sobre el escritorio. Jules hace girar el pomo. Cierra los ojos con fuerza. La puerta no tiene echada la llave, como de costumbre. Jules ha oído a Barbara, la encargada de día, advertirle a Patty acerca de sus hábitos descuidados y sugerirle que necesitaba una caja fuerte. Algún día aprenderás, le había dicho Barbara. Patty se había mostrado de acuerdo, pero no había cambiado de costumbres. Jules no quiere que Patty aprenda. El mundo necesita más gente confiada como ella, pero ahora mismo no tiene otra elección. Jules abre la puerta. Si pudiera explicar lo mucho que lo necesita, Patty

podría incluso prestarle el dinero, pero no puede contarle la verdad y no sabe mentir. Quizás el dinero esté asegurado... o pueda desgravarlo al menos.

Jules mira por el ventanuco, no ve a nadie y agarra el bolso. Inspecciona rápidamente el monedero, encuentra un par de billetes de veinte, los deja donde están. Lo que busca es una llave. Comienza a registrar los bolsillos con cremallera. Patty ya debería haber vaciado la registradora para guardar los ingresos del día en la saca para el banco que guarda en su armario. Si Jules consigue encontrar el dinero, marcharse y luego volver para su turno, nadie tendría por qué saber que ya ha estado allí. Encuentra el llavero y corre al armario.

Escucha con atención. Sigue sin oír nada en la parte trasera, pero hay varias llaves. Las va insertando una tras otra en el candado. Las manos le tiemblan de tal manera que le lleva el doble de tiempo. Si la sorprenden, no habrá excusa posible que explique su presencia en el despacho. Quedan tres. Sigue sin tener suerte. La penúltima. Abre. Agarra la saca para el banco. Está llena y pesa. Si han tenido un buen día a la hora del almuerzo, podría haber mil dólares, más que suficiente. Abre la saca, se mete los paquetes de billetes en el bolso y vuelve a dejar la saca vacía en su sitio. Al retirar la mano, piensa en sus huellas dactilares. ¿Podría la policía tomarles las huellas a los empleados? Utiliza el faldón de la camisa para frotar la saca, el candado, la puerta del armario. Dios, ¿cuántas cosas más ha tocado? Corre al escritorio para devolver las llaves. Tiene que limpiar cada una de ellas por separado... después el bolso, los compartimentos interiores, la cartera, el pomo de la puerta por dentro... El sudor le corre por el rostro mientras escucha y abre la puerta con la mano todavía enguantada en su camisa. Un rápido frotamiento al pomo mientras cierra la puerta y Jules se dirige apresuradamente hacia la salida, prorrumpiendo en el callejón y escapando hacia la calle principal. Sigue corriendo durante dos manzanas,

hasta que tiene que parar, jadeante, con un dolor en el costado. Desde allí puede ver la puerta de entrada del hotel. No hay policías esperándola, por ahora.

Jules calma su respiración y entra en el bar. Una de las prostitutas callejeras de la zona se está tomando una cerveza. Jules saluda con la mano al camarero. No se ve a nadie más. No puede creer que lo haya conseguido. Ascende las escaleras lentamente, con el corazón palpitante, esperando que Rennie siga en casa de modo que pueda entregarle el dinero antes de que la den por imposible y se marchen. El pasillo está vacío. Jules llega hasta la puerta de Renata y llama. El golpe desplaza ligeramente la puerta y Jules la abre del todo. Se detiene en seco. Renata y Francisco la están mirando atentamente. Francisco está apuntando con una pistola pequeña. Luego la aparta.

—¡Jesús! ¿Dónde te habías metido? —dice Renata. Francisco se guarda la pistola en el bolsillo.

—¿Qué es esta mierda?

Jules sigue jadeando.

—Lo siento. Tengo el dinero. Debería bastar para pagarles.

—¿Tienes el dinero? ¿Cómo? ¿Cuánto? —pregunta Renata con los ojos abiertos de par en par.

—No lo sé, pero pesa un montón —Jules vuelca su bolso sobre la cama, varios fajos de billetes de cinco, de diez y de veinte—. Tengo que volver al trabajo. Parece que con esto debería bastar.

—¿Jules? ¿Te marchas? ¿De dónde has sacado el dinero?

—Lo he robado. Ya lo devolveré.

—Dios, más líos —dice Francisco.

—Lo he cogido en el trabajo. Nadie me ha visto. Tengo que volver, para que no sospechen.

—¡Joder! ¿Prefieres que te arresten a pasar una velada acogedora con unos amigos adinerados? —pregunta Renata—. Jules, piensa un poco, muchacha.

—Sencillamente lo he hecho. Tenía que hacerlo... por ti.

Renata coge un fajo de billetes y se abanica con el dinero. Mira a Jules.

—¿Fuiste a una escuela católica?

—No, ¿por qué?

Renata la atrae hacia sí para darle un abrazo. Jules huele su pelo limpio y nota la suavidad de sus pechos presionando contra los suyos.

—Tus prioridades parecen un tanto sesgadas. Eso de escoger el robo como el menor de los males... —Renata da un paso atrás para mirar a Jules a los ojos, y se ríe—. Tendremos que trabajar en eso—. Vuelve a pegarse a ella y le da un beso en la boca, metiéndole dentro la lengua, y luego se separa riendo—. Gracias, cariño. Acabas de salvarnos las vidas.

Jules la mira atónita, con los labios ligeramente abiertos y la sangre subiéndole a las mejillas. Detrás de ella, Francisco ríe por lo bajini.

CAPÍTULO 11

15 DE SEPTIEMBRE, 9:00 AM, SOUTH MIAMI, 28 GRADOS
RICHARD

Está sentado en un taburete junto a la ventana de un Starbucks, sorbiendo su mezcla especial del día con café de Sumatra y deseoso de que llegue el momento de su cita de después del almuerzo, con Renata. Linda entra tras haber dejado a los gemelos en la escuela y pide su capuchino. La rutina habitual de los viernes. Richard la observa mientras busca monedas en su cartera y piensa en lo estrecha que aún tiene la cintura y lo estupendo que le queda el culo en esos pantalones negros ajustados. Por la cabeza le pasa la idea de llevársela de nuevo a casa, arrojarla sobre la cama y follársela, pero los dos tienen que ir al

trabajo. Sólo disponen de unos minutos para compartir un café, una celebración habitual del comienzo del fin de semana.

Linda trae su café y un pedazo de bizcocho hasta la barra. Mira a su alrededor.

—Me estaba acordando de aquel incidente del año pasado, cuando mataron a un tipo en un Starbucks de North Miami. No parece apropiado, demasiado alegre. Para asesinar lo que necesitas es un local oscuro que sirva alcohol, un local con cortinas pesadas.

—¿Aquel tiroteo? Supongo que si estás dispuesto a matar, el decorado no importa.

—No recuerdo haber vuelto a oír nada al respecto. Si era sólo una loca o un triángulo amoroso ilícito. A lo mejor algo relacionado con drogas.

—No sé —dice Richard. Le cuesta concentrarse en la charla intrascendente, pensando en Renata. Canceló su última cita sin darle ninguna explicación y le preocupa que pueda hacerlo de nuevo. Tiene que encontrar un modo de darle más dinero. Probablemente esté aceptando nuevos clientes para compensar. Richard se obliga a dejar de lado su sentimiento de aversión.

—Este no es el tipo de lugar que escogería yo para matar a alguien. Me inclinaría más por el garito italiano de nuestra calle, el de las velas y los cojines de terciopelo oscuro. Al menos les daría media oportunidad de que no se viera la sangre.

—Ajá.

Linda le clava un cariñoso codazo en las costillas.

—Si alguna vez me enterase de que me la estabas pegando, te llevaría allí a un reservado mal iluminado y te pegaría un tiro.

—¿Qué? —Richard repasa mentalmente las palabras de Linda. Una acometida de miedo le atraviesa todo el cuerpo.

—¡Richard, despierta! —Linda le mira con más atención—. ¿Te estoy aburriendo esta mañana? A veces pienso que necesitas otra mujer, para que te devuelva a la vida.

Richard percibe un cambio en su tono.

—Por el amor de Dios. No vamos a discutir por eso.

—¿A discutir? Estaba *bromeando*. Eh, probablemente eso es lo que debió decirle el tipo a su esposa antes de que ésta le disparase: No vamos a discutir por esto.

—¿Qué tipo? —Richard está irritado—. Hablemos de otra cosa.

Linda frunce los labios, pero no dice nada. Un relámpago de culpabilidad atraviesa a Richard y teme que pueda haberse reflejado en sus ojos. Linda siempre puede leerle la mente, y ahora mismo la tiene llena de Renata, deslumbrante como un neón. Le da un sorbo a su café y alza los ojos hacia el cielo en imitación de un gesto que repite a menudo para indicar que está de broma.

—¿Qué pasa?

Los ojos de Linda centellean con puntas de acero.

—No pasaba nada cuando he entrado hace un minuto, pero ahora estoy empezando a pensar que sí tenemos un problema. Puedo verlo en tu cara.

—¿Qué? —Richard sabe que Linda no va a parar y su rostro hierve de culpabilidad. Linda puede leerlo, él sabe que puede, pero a lo mejor es capaz de convencerla para que no se fie de su instinto, si se aferra con suficiente convicción a su excusa. Baja la mirada hacia la mesa para pensar, vuelve a agarrar el vaso del café y le quita la tapa de plástico.

—Lo siento, no estaba escuchando. Estoy un poco agobiado con el trabajo, las notas —mira su reloj—. Se está haciendo tarde. Deberíamos irnos.

—No iba a mencionarlo, pero he cambiado de idea.

Richard apenas puede respirar. Vuelve a sentarse.

—¿Qué?

—Te he llamado varias veces a horas en las que supuestamente deberías estar en el despacho, y no estabas.

—¿Cuándo? Sabes que tengo reuniones... de departamento, con la facultad...

—Llevo mucho tiempo casada contigo. Algo ha cambiado. Desde hace una buena temporada.

—Estás imaginando cosas. ¿Cuándo? Dime fechas y seguro que habrá una explicación —de inmediato sabe que ha dicho lo que no debía. La boca de Linda se tensa aún más.

—No las he ido anotando. A lo mejor debería.

Richard no puede soportar seguir mintiendo y ver cómo su mujer aguanta el tipo. Se pone de pie.

—Lo siento. Por favor, hablaremos más tarde. Tengo que ir al trabajo.

Linda deja su café y le sigue hasta la calle. Richard siente su presencia moviéndose rápidamente tras él mientras cruza el aparcamiento hacia su coche. Una vez allí, se vuelve hacia ella.

—¿Qué pasa?

—Te conozco demasiado bien después de todos estos años. Te lo he visto en los ojos.

Richard está temblando por dentro. Linda le conoce tan bien como él la conoce a ella. Le pone una mano sobre el hombro y le acaricia el cuello.

—Cariño, por favor. ¿Cuál es el problema? Soy yo, tu Dick de toda la vida. Háblame —le duele el corazón de tener que representar semejante mentira—. Lo siento. De verdad que no hay ningún misterio. Hablaremos de todo esto más tarde cuando pueda pensar. Estoy muy cansado. Anoche no dormí bien.

Linda sigue mirándolo con ardiente desconfianza. Habla en tono suave:

—¿Por qué no? ¿Sentimientos de culpabilidad?

Richard respira profundamente. Linda está empezando a cazarle.

—Mira, es absurdo discutirlo ahora. Vete a trabajar o vete a casa a relajarte, lo que más te apetezca, y luego te llamo. A lo mejor podemos solucionar esta ridícula discusión a tiempo para disfrutar de una cena agradable. ¿De acuerdo?

—No tengo elección. Esta mañana tengo una reunión. Por mucho que lo disfrute, no puedo quedarme aquí plantada al sol escuchando tus patéticas excusas.

—Necesitamos pasar algún tiempo a solas. ¿A lo mejor podríamos irnos el fin de semana que viene? A la costa Oeste...

—Eso parece una frase de película —dice Linda, negando lentamente con la cabeza y poniendo los brazos en jarras. Sigue mirándole a los ojos. Richard baja la vista hacia el reloj.

—No puedo llegar tarde a clase. Luego te llamo.

Richard espera a que Linda vuelva hacia su coche, pero ella sigue de pie a su lado, frunciendo el ceño. Richard entra en el vehículo y pone en marcha el motor. Mira por el espejo retrovisor. Linda esperando a un lado, todavía observándole. Siente un escalofrío.

Da marcha atrás y se dirige hacia la salida. Al tomar la curva para salir del aparcamiento, puede ver su inmóvil silueta, recortada frente al resplandor ardiente y anaranjado del sol.

CAPÍTULO 12

MEDIODÍA, SOUTH BEACH, 32 °C.

RENATA

La habitación tiene una incandescencia ambarina, calentándose desde el exterior, chisporroteando a través de las paredes hasta que los débiles esfuerzos del aire acondicionado resultan prácticamente inútiles. Para cuando Renata se despierta, todo el cuarto está empañado. El sudor se acumula en gotas entre sus pechos. La cama está empapada bajo su espalda y sus muslos. Abre los ojos a una luz anaranjada que le indica que ha pasado otra mañana. Tiene el estómago alborotado debido a todo el vino que bebió la noche anterior, y sabe que Richard aparecerá pronto.

No está de humor para verle, pero no puede cancelar de nuevo, dos veces seguidas. Está pegajosa y su estómago es un nudo de dolor. Entra en el baño para darse una ducha fría. A Richard no le importará que tenga el pelo mojado. A lo mejor hoy se limitará a dejarle hablar. Podrá darle a la lengua cuanto quiera mientras la acaricia y así ella podrá dormitar un rato con los ojos abiertos.

Renata se seca y se envuelve el pelo en una toalla. Abre el cajón para sacar un cepillo y ve la bolsita de plástico con el anillo universitario que quitó del dedo del abogado mientras Jules se estaba limpiando. En realidad no sabe por qué lo ha guardado —una especie de recuerdo—, pero podría resultarle útil. Aunque deberá esconderlo mejor si quiere conservarlo. Se arrodilla y lo deja caer en la esquina trasera del armario del baño. Es un mueble de madera oscuro e inmundo sembrado con cacas de cucarachas. A nadie se le ocurrirá palpar por encima.

Renata sale para vestirse. Pepe está durmiendo en el cajón de la ropa interior. Renata lo coge de la cabeza y lo engatusa para que se enrosque alrededor de sus hombros en vez de ponerse algo. Hace demasiado calor. A Richard no le importará. Le gusta Pepe... al menos durante uno o dos segundos. Renata saca una cerveza de la nevera y se sienta en la cama, acariciando la perfecta piel de la serpiente, apoyando la nuca contra la pared, con la fría cabeza de Pepe apoyada en su pecho y la cola envuelta alrededor de sus muslos, absorbiendo su calor. Se pregunta si a Richard le molestaría que se quedase dormida mientras se la está follando. Nada de lo que haga parece desanimar a Richard. Eso es a la vez bueno y malo.

Llaman a la puerta.

—Entra. Hace demasiado calor para moverse.

La puerta se abre. Jules entra y se detiene en seco.

—Hola. Perdona. No sabía que no estabas vestida.

—Estoy esperando a Richard.

—Oh.

—Demasiado perezosa como para ponerme ropa si tengo que volver a quitármela.

—Mejor me voy, entonces —dice Jules.

—No. Quédate. Aún tardará algunos minutos —después se señala el cuerpo desnudo—. ¿No te importa? No quiero mover a Pepe.

Jules niega con la cabeza, pero no mira directamente a Renata.

—Me preguntaba si todo habría salido bien anoche.

—¿Con el trabajo?

—No, con el pago.

—No lo sé. Francisco se encargó de todo. Fue a hablar con ellos cuando terminamos el trabajo. Todavía no he hablado con él.

—Oh. ¿Te importaría avisarme cuando vuelva? Necesito saberlo para poder dejar de preocuparme.

—De acuerdo, pero estoy seguro de que todo habrá ido bien. ¿Cuánto dinero pueden querer por una puta noche de trabajo? —Jules la mira con los labios apretados—. Todo irá bien. Me lo dijo Francisco —Pepe eleva la cabeza hacia Jules—. Te está diciendo hola, Jul. Acércate, acaríciale.

Jules da otro par de pasos y alarga el brazo para tocar la cabeza de Pepe, le da dos breves caricias.

—Debería irme antes de que llegue Richard.

Renata ve los ojos de Jules pasear trémulamente por encima de sus pechos, bajar hasta su chochito.

—Como quieras. Pasaré luego a verte cuando sepa algo.

Jules sale y Renata coge su cerveza del alféizar de la ventana. Se pregunta si habrá malas noticias y si ese es el motivo de que Franco no volviera anoche. Nunca le ha gustado dar malas noticias. Siempre retrasa en la medida de lo posible el momento de transmitir las. Renata da un sorbo de cerveza templada y pone la lata bajo la nariz de Pepe. La serpiente aparta la cabeza. Renata se recuesta contra la pared, acariciándole el cuerpo.

—Buen chico, Pepe. Cerveza mala. No te conviene.

El pomo gira y la puerta se abre. El rostro de Richard pasa de una sonrisa a un ceño medio fruncido y vuelta a empezar.

—El señor Pepe —dice—, la serpiente más afortunada del mundo.

Lleva una botella de champagne en la mano. Renata sabe que es su favorita, la de la etiqueta amarilla.

—Pepe se labra su propia suerte —dice. Separa ligeramente las piernas—. ¿Me has traído un regalo?

—Sí, mi encantadora y desnuda dama. Para que celebremos el fin de semana —Richard se acerca a ella y le da un rápido beso en los labios. Deja la botella sobre la mesa y desenrosca el alambre. Coge una toalla y retrocede de un salto. Una cucaracha baja corriendo por la cómoda—. ¡Vaya bicho!

Renata se ríe.

—Le has estropeado la siesta.

Richard golpea el aire y la cucaracha desaparece bajo la cómoda. Envuelve el corcho de la botella con la toalla y empieza a darle vueltas.

—Es una lástima que esa maldita serpiente no se encargue de ellas.

—No está maldita. Y las serpientes no comen insectos. Comen ratas. Pensé que te caía bien.

—Y así es. Hoy no estoy de muy buen humor. El champagne me animará. Sólo dame un segundo. No te quiero aburrir con mis problemas.

Renata suspira en la nuca de Pepe. Se pregunta si podrá sentir su cálido aliento y si le gusta.

—Adelante, Richard. Cuéntamelo. Te sentirás mejor.

—No, tiene que ver con mi esposa. No quiero hablar de ella. Quiero hablar de nosotros. ¿Cómo puedo verte más a menudo? Si no tuvieras que vivir en la playa, podría instalarte en un pequeño chalet en el Grove, más cerca de mí.

—Richard, no te lo puedes permitir. Estoy bien aquí —Renata se desenrosca a Pepe de los hombros y el pecho y estudia sus gráciles movimientos mientras se escurre por el borde de la cama y debajo de ella, pensando lo hermoso que es, y esperando que Luiza nunca vuelva para reclamarlo.

Richard deja de darle vueltas al corcho.

—Me temo que mi esposa sospecha algo. No sé qué hacer.

—Si tu mujer sospecha, deberías dejar de verme. Es así de fácil. Sólo soy un hobby... uno que apenas te puedes permitir.

El tapón salta y golpea contra la pared. Richard niega con la cabeza.

—Eso es absurdo. Ni me planteo renunciar a ti. No tiene ningún sentido hablar de ello —deja la botella sobre la mesa mientras la espuma desborda sobre el gollete. Richard retrocede y abre un armario—. ¿Dónde están los vasos?

—Me cansé de lavar la vajilla. Los tiré todos.

Richard la mira de hito en hito.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. No eches a perder tu matrimonio por mí. No lo valgo.

Richard abre el otro armario.

—No, me refiero a lo de los vasos.

—Sí, eran un coñazo. Podemos beber a morro.

Richard se ríe. Lleva el champagne a la cama y ríe un poco más.

—Eso es lo que adoro de ti, mi extraordinario buque del amor —sigue desternillándose. Renata frunce el ceño. Nunca sabe qué es lo que va a llamar la atención de Richard.

—¿Qué? ¿Adoras que haya tirado los vasos?

—Es el modo en el que la sociedad nunca llega a tocarte. Es difícil de explicar. No estás atrapada por las expectativas habituales —vuelve a reírse.

—Joder, Richard. Tiraré algo cada semana, si eso te hace feliz.

—No hace falta. No quiero llegar la semana que viene y descubrir que ha desaparecido la cama.

Renata suelta una carcajada.

—¿Cómo has adivinado lo que estaba pensando? —toma la botella de champagne de su mano y la inclina para darle un buen trago. Eructa en silencio, después sonrío—. Muy rico. ¿Qué tal si te quitas la ropa? Deberíamos ser decadentes mientras nos bebemos esta carísima botella. Es cara, ¿verdad?

—Sí, bastante —Richard echa las cortinas y se quita la camisa, dejando que caiga al suelo—. ¿Sabes lo que me haría realmente feliz? —mira de reojo el rostro inocente de Renata—. Que me dejaras llevarte lejos de aquí. A algún rincón del noreste, donde corra el aire fresco. Te trataría como a un princesa el resto de tu vida, todo al servicio de tu placer, tu comodidad y tu felicidad.

Renata alza los ojos y suspira. Richard es un profesor respetado en la universidad, inteligente y en forma, un rollo a lo Robert de Niro, como su padre, o la visión que tiene ella de su padre. Ciertamente ha estado con tipos peores en la cama. Podría depender de la devoción y el sustento de Richard durante el resto de su vida. Durante una fracción de segundo, una visión de mullidas alfombras y mimos en el sofá frente a la chimenea baila por su mente y su cuerpo... decorando el árbol de Navidad. Después el verano, picnics con cestas de queso y botellas de vino. Puede que le gustara verse consentida y amada, incluso aunque no fuese capaz de devolverle ese amor.

Richard se quita los zapatos y los calcetines, se desabrocha el cinturón, se saca los pantalones y los calzoncillos y se la queda mirando.

—¿Y bien? Piénsalo.

—Podría tener un perro.

Richard lanza una carcajada. Agarra a Rennie y se lleva su rostro hasta el pecho, y por un momento ella capta la embriaguez de sus sentimientos, mientras ríe pegada a su fuerte cuerpo. Él la coge de la barbilla y le alza la cabeza.

—Por supuesto que puedes tener un perro, cualquier animal

que quieras. No tendrías que pedirme permiso para nada. En el fondo no eres más que una chiquilla, ¿verdad? —dice sentándose y rodeándola con los brazos.

Renata se pregunta si Jules estará escuchando todo aquello y qué estará pensando. Seguramente estará meneando la cabeza. La imagen hace que Renata vuelva a la realidad.

—No, no lo soy... No soy una chiquilla en modo alguno —se ríe por lo bajini. Sabe cómo escandalizarle—. ¿Para qué te crees que quiero el perro? —Richard chasquea la lengua—. No cometas el error de pensar que soy inocente. Jamás se me ocurriría fugarme contigo.

El rostro de Richard pierde su expresión alegre, pero su voz es alentadora.

—No nos precipitemos. Deja que la idea descanse ahí dentro, junto a los pensamientos con perritos.

—De acuerdo —dice Renata. Sonríe.

Richard la abraza y ella puede notar su corazón palpitando contra su pecho. Quizás haya algo bueno que decir en favor de los sentimientos fuertes, pero ella no está preparada, probablemente nunca lo estará.

Por encima del hombro observa a Pepe salir deslizándose de debajo de la cama hacia la pila de ropa de Richard. Cuando éste se separa de ella para mirarla a los ojos, Renata le tiende la botella y se acurruca contra su cadera. En la penumbra parece fuerte y hermoso, con su mandíbula cuadrada y su espeso pelo de actor de cine, con un reluciente manchón gris a un lado. Renata pasa la mano fría del contacto con la botella por su muslo y le hace saltar. Ríe como una niña.

—Cuidado —dice él, besándola en el hombro—. Llegó el momento de ponerse serios.

Renata alza su rostro hacia el de Richard y le da un largo beso, sorbiendo su labio y pasando la lengua por los bordes interiores, empujando con fuerza contra su boca a la vez que lo agarra de

la nuca. Nota las oleadas del placer y el ablandamiento en su pecho. Qué hombre tan cariñoso, tan enamorado de un sueño.

Richard deja la botella en el alféizar y se tiende sobre ella, besándola la frente y pasándole los labios sobre la nariz y el mentón. Su ternura le recuerda a los besos de mariposa de cuando era pequeña, las pestañas de su madre adoptiva aleteando contra su cara, dulces sueños que traen las mariposas. Entra casi en un trance mientras Richard le besa los pechos y enrosca la lengua alrededor de sus pezones. Es un hombre cariñoso. Sigue descendiendo por su estómago y hunde la cara entre su pelo púbico, le separa aún más los muslos y entra con la lengua. Ella cierra los ojos y flota.

La puerta se abre de golpe.

—¡Renata! Jesús. ¡Han encontrado una cabeza! —Renata se vuelve hacia ella y Richard salta como una tostada. Jules se queda paralizada con el rostro a juego con las paredes blancas llenas de salpicones, mirando atónita a Richard. Lleva un periódico entre las manos—. ¡Oh! No os había oído —se medio cubre los ojos con una mano—. ¡Creí que estabas hablando con la serpiente! Dios mío. ¡Lo siento! ¡Lo siento, Rennie! —se da media vuelta y sale corriendo por la puerta, dando un golpazo al salir.

El primer instinto de Renata es echarse a reír, pero las palabras de Jules la detienen. Richard se pone mortalmente serio de inmediato.

—¿Qué está pasando?

Renata se muerde el labio.

—No quieres saberlo.

—¿Una cabeza? Por el amor de Dios, Renata. ¿Una cabeza? ¿En qué clase de lío te has metido?

—En ninguno, que yo sepa.

—¿Entonces por qué ha entrado esa mujer corriendo?

—No tiene importancia. Se altera con nada.

Richard le retira el pelo de la cara, desenredándolo y acariciándole el cuello.

—Tienes que contármelo. Sé que estás metida en un apuro. Puedo ayudar.

—Te viene un poco grande, cariño.

—Alguien ha encontrado una cabeza. ¿Una cabeza humana?

Renata se encoge de hombros.

—Hubo que matar a uno. Cosas que pasan.

—¿Esa chica ha matado a alguien?

Renata suspira.

—Sí, pero fue un accidente.

—Y tú la estás ayudando. Muy propio de ti. Sabía que este sitio... —la abraza con fuerza—. Tienes que contármelo todo.

Renata aguarda inmóvil y se da cuenta de lo bien que sienta verse reconfortada. No importa que Richard lo sepa.

—Sí. Vale. Mató a un abogado que vino aquí. Creyó que me estaba haciendo daño porque me había puesto una cuerda al cuello. Unos tipos debían deshacerse del cuerpo.

Richard retrocede. Toma aliento a través de los dientes.

—Yo también lo habría matado.

Renata explica los detalles de las acciones de Jules.

—A estas alturas debería ser cagadas de cocodrilo. Algo ha salido mal.

—Quizá la cabeza fuese demasiado... —Richard se interrumpe—. No lo sé. Y a ella, ¿la están buscando?

Renata se encoge de hombros.

—Jules y yo estamos juntas en esto. Tengo que advertírtelo. A lo mejor no deberías venir más por aquí. Podrías acabar metido en líos.

—¡Deja de decir eso! —Richard se pone en pie junto a la cama y mira a Renata desde arriba—. Todo lo que sucede lo intentas utilizar para mantenerme alejado. Es absurdo. Si yo hubiera estado aquí, o si hubieras estado conmigo, ahora mismo no estarías metida en este lío. Permites que toda esta basura, esta escoria, entre en tu vida... ¿Qué esperabas? —se lleva una

palma a la frente como para evitar que le explote el cerebro—. Apuesto a que tu amigo el chulo también está metido en el ajo.

—Lo llamé para que nos ayudase.

Richard baja la mano, mueve la pierna de Renata sobre la cama y se sienta junto a ella, poniéndose su pantorrilla sobre el muslo y acariciándola, mirándole los dedos de los pies. Menea la cabeza y le aprieta el pie.

—No puedo vivir así... preocupado por ti todo el tiempo.

—Ni te lo plantees. Francisco no es escoria y tampoco lo es Jules. Me salvó la vida y haré cualquier cosa por ella. Asumiré lo que venga —dice Renata—. No espero nada. No me preocupo por ello —lo mira fijamente, esperando a que su fuego se extinga por sí solo.

—De acuerdo, no conozco a Jules. Pero, Rennie, te dije que haría cualquier cosa por ti. ¿Recuerdas el samurai? No era pura palabrería, como la que te puedan dar otros hombres. ¿Qué tiene que suceder antes de que pueda convencerte para que te marches de este puto refugio de drogotas infectado de bichos y estés conmigo? Sufro por ti.

—Tranquilo, Richard. Encajo aquí... mejor que en ningún otro sitio. Puedo cuidar de mí misma. Tienes una esposa e hijos por los que preocuparte.

—¿Sí? No estoy tan seguro de eso. Linda tiene mal genio. Puede que ya haya perdido a mi familia. Debería limitarme a marcharme y a llevarte conmigo. Ahora mismo —se inclina y le besa la rodilla. Después le mira a la cara, con los ojos como platos—. Escucha, preciosa... sólo un minuto. Mi hermano lleva un *bed and breakfast* en Maine. Se encargó del negocio cuando mi madre falleció el año pasado. Mi padre hace tiempo que murió. La mitad es mía. Ahora mismo sólo obtengo un pequeño beneficio, pero si me mudara allí y echara una mano, tendría un lugar en el que vivir y dinero suficiente para los dos. Es muy bonito, además. Rústico, pero lujoso.

Hay un destello de determinación en sus ojos. Si Renata dijera que sí, saldrían inmediatamente de allí para refugiarse en la esquina del mundo de Richard. Una vez más, por una fracción de segundo, Renata paladea la idea. Marcharse, ser una nueva persona, todo arreglado... ser la persona de Richard. Lo observa, acariciándole la pantorrilla, esperando una respuesta, como si ella pudiera vivir en ese mundo lleno de música de ascensor y charlas educadas, donde todo es seguro y legal, un lugar para todo en el que todo está en su lugar, una carretera aburrida hacia la muerte, como un paseo eterno por un campo de golf. Recuerda el día interminable en el que Richard la llevó a ver un torneo.

—Hace un frío de cojones allí arriba. Me moriría.

—Boba. Sólo son un par de meses en invierno. Basta con ponerse suficiente ropa, por capas. Mantener cálido el interior —le brillan los ojos—. Podríamos patinar sobre hielo, y salir a esquiar. Encenderíamos grandes fuegos y beberíamos chocolate caliente, asar castañas para los invitados.

Todo suena demasiado acogedor. Renata siente un escalofrío.

—Richard, ponte encima de mí. Necesito que me follen. ¿No es para eso para lo que has venido? —Renata espera a que la protesta muera en su rostro—. Si te dejas que me lleves lejos de aquí, todo acabaría por estropearse. Me necesitas aquí, justo como soy. No necesitas otra esposa. Ya tienes una buena mujer.

Él se tumba en la cama junto a ella.

—No. Te necesito a ti. Te lo juro por Dios, Rennie, no necesito nada en este mundo salvo a ti, en cualquier sitio. La mujer más dulce, más bella y más excitante del planeta. Me salvas de mí mismo, de morir en la repetitiva agonía de la vida, el entumecimiento y la monotonía, el vacío de sentirme completamente solo.

Renata le roza la mejilla y pasa los dedos sobre sus labios. Están temblando. Quiere decir que está terriblemente confundido

con ella, pero es inútil, y Renata se ve incapaz de seguir manteniendo una conversación tan triste ni un solo segundo más.

—Me tienes ahora mismo, y se está haciendo tarde —se pone de costado y empieza a besarle el pecho, arrastrando el pelo sobre sus costillas y acariciándole los lomos.

—El sexo no es lo único que quiero, Renata.

Ella no se detiene a escuchar sus palabras de amor. Quiere sacarlo de allí mientras aún pueda volver a casa para arreglar las cosas y ella pueda sacarse todo aquello de la cabeza. Levanta la cabeza y ve sus ojos rutilantes y las lágrimas en sus mejillas. Haría cualquier cosa por ella, de eso no cabe duda.

—Si te necesito, te avisaré. Prometido —dice Renata. Después descende hasta su polla y se la mete en la boca, chupándola con fuerza. Le pasa las uñas por las caderas hasta llegar a los muslos y le alza las pelotas, acariciándolas ligeramente y arrullando en la garganta hasta que finalmente nota que Richard se relaja y se funde en la sensación.

CAPÍTULO 13

4:00 PM, SOUTH BEACH

RICHARD

Comprueba el reloj a la vez que cierra la puerta de Renata. Ya ha perdido suficiente tiempo intentando sacar a la dichosa serpiente de sus pantalones, optando finalmente por despertar a Renata para que la cogiera. Espera que Linda haya tenido un día ocupado, sin tiempo para demorarse en los detalles de su discusión. Nunca será capaz de tranquilizarla si se ha pasado el día acumulando sospechas. ¿Qué haría, si realmente supiera algo? Una oleada de náusea lo acomete ante la mera idea. Quizá su sentimiento de culpa esté agrandando la situación. Se dispone

a recorrer el pasillo a buen ritmo, pero luego se detiene frente a la puerta del apartamento contiguo. Oye un televisor, de modo que sabe que la mujer está en casa. Jules.

Renata es capaz de dormir en cualquier situación, pero Richard se asegura de llamar suavemente a la puerta de Jules, pensando que podría influirla un poco en su favor para que ella le traslade sus buenos sentimientos a Renata.

La puerta se abre y allí está Jules, de pie bajo la luz amarillenta de una lámpara de techo.

—Oh —dice. Se ruboriza. Es una muchacha esbelta, pero blanda, con grandes ojos marrones y pelo oscuro a la altura de los hombros—. Creí que era Rennie. Siento mucho lo de antes. Me asusta mucho la violencia y Rennie y yo estamos acostumbradas a entrar y salir de nuestros respectivos pisos...

—Sé todo lo que ha pasado. Sólo quiero hablar un minuto.

Jules retrocede y abre del todo la puerta, con el rostro completamente blanco. Richard no se había fijado en que fuese tan linda cuando les ha sorprendido. Hay un ordenador portátil abierto sobre la mesa y él se sienta en una silla de cocina que hay justo delante.

—Ah, sí, eres escritora. Rennie lo había mencionado.

Jules cierra el portátil y se sienta delante de Richard, cruzándose de brazos.

—Más bien intento escribir. Me han publicado algunos artículos. Dejé mi trabajo de maestra para escribir una novela.

—Buena suerte. No es fácil. Yo soy poeta. No creo que vaya a dejar mi trabajo de maestro en un futuro cercano... no para vivir de la poesía al menos —arrastra la silla para acercarse más a ella—. Se me ha ocurrido pasar a ver si podía ayudar de alguna manera. Parecías muy alterada.

Jules deja escapar un suspiro.

—¿Eso es todo? ¿Nada de chantajes? Todo el mundo me pide continuamente dinero. Y no tengo un chavo.

—No, no, por supuesto que no. He venido para decirte que lo entiendo. No le diré una palabra a nadie. Os ayudaré a las dos si hay algo que esté en mi mano.

Jules vuelve a suspirar.

—Gracias, pero no veo de qué manera podrías ayudar. Según el periódico, lo han identificado y han averiguado la hora y la causa de la muerte. Empiezo a pensar que debería entregarme.

—No. No lo creo. Es demasiado tarde para eso. Podrías meterte en un gran lío... y a Rennie. Ni te lo plantees.

—No sé qué otra cosa hacer.

—Nada. No hay motivo para hacer nada. Nadie se ha pasado por aquí, ¿verdad? ¿La policía?

—No.

—Entonces es que no han atado cabos. Es muy poco probable que le contase a nadie adónde se dirigía. ¿Cuántas veces lo habías visto? —Richard percibe el reconocimiento en los ojos de Jules y se da cuenta de que ella sabe el verdadero motivo de su pregunta.

—Nunca con anterioridad. Al menos eso creo. Francisco viene por las noches y yo siempre estoy aquí por la tarde —se ruboriza y clava la mirada en la mesa—. Oigo muchas cosas, y nunca había oído nada como aquello con anterioridad. Rennie dijo que era la primera vez con él. Se alegró de no tener que repetirlo.

Richard siente un tirón en la cara.

—¿Francisco pasa aquí todas las noches?

Jules duda.

—Oh, no, tiene su propio piso encima del Crunch.

—¿Crunch? ¿El club?

—Oh, espera. Creo que después se mudó.

Richard alarga el brazo y agarra la mano de Jules, intentando recuperar la compostura.

—Gracias por acudir al rescate de Renata. Ojalá pudiera haber estado aquí —frota la mano de Jules—. Debes de saber lo mucho que la quiero.

Jules menea la cabeza.

—Sí cómo te sientes, Richard. Apenas nos conocemos, pero puedo entender lo que debe de ser ser un hombre y... estar con Rennie. Yo no la entiendo, pero también quiero protegerla.

—Yo no quiero protegerla. Quiero darle la vida que se merece.

—Ella no te lo va a permitir. Le gusta su estilo de vida. Me siento mal diciéndote esto, pero... es la verdad. Para ella eres un cliente. Deberías...

Richard se aparta de ella arrastrando la silla y no oye el resto.

—¿Estás segura de ser la persona indicada para dar consejos, Jules? A lo mejor no quieres que Renata tenga el tipo de vida que a ti te falta y quieres mantenerla aquí arrinconada para poder chuparle la energía —dice, dirigiéndose hacia la puerta.

Los ojos de Jules se inundan de lágrimas.

—Te equivocas. Adoro la energía de Renata, pero... pero... más que cualquier otra cosa quiero a Renata. Nunca le arrebataría nada.

Richard vuelve a observarla, con dureza. Siente desconfianza por ella. Dice *quiero* como si realmente lo sintiera.

—Más te vale andarte con ojo. Has matado a alguien.

Jules echa a reír de manera exagerada, casi histérica.

—¿Que me ande con ojo? Es la hostia de sencillo. Inténtalo tú, Profesor Dick.

Richard menea la cabeza con irritación. Se da media vuelta y se marcha. La risa de Jules resuena por el pasillo hasta que la puerta se cierra. Richard había tenido la esperanza de ganarse el apoyo de Jules, para que le ayudara a convencer a Renata de que debía marcharse con él. Ahora se da cuenta de que es su adversaria. Profesor Dick. No es la primera vez que lo oye. Se pregunta si Rennie le llama Profesor Dick. Jesús, no tiene tiempo para pensar en nada de todo eso. Acelera sus pasos. Ahora tendrá que vérselas con el tráfico de la hora punta, y Linda en casa esperando... suponiendo que no se haya marchado.